

7985

n.º 253 Mayo 7/69.



ADMINISTRACION  
**LÍRICO-DRAMÁTICA.**



MISERIAS DE LA ALDEA.



Se vende en Madrid en la librería de Cuesta, calle de Carretas.



L47 - 5367

## COMISIONADOS DE ESTA ADMINISTRACION.

<i>Adra.</i>	J. A. Manzano.	<i>Hellin.</i>	J. M. Paredes.
<i>Aguilar de la Frontera.</i>	R. Paniagua.	<i>Huelva.</i>	J. de Osorno é hijo.
<i>Albacete.</i>	R. S. Perez.	<i>Ibuesca.</i>	M. Guillen.
<i>Alba de Tormes.</i>	M. Sanchez.	<i>Irun.</i>	P. Gallido.
<i>Alberique.</i>	J. Alfonso y Cuevas.	<i>Jaen.</i>	R. Hidalgo.
<i>Alburquerque.</i>	A. Cotrina.	<i>Játiva.</i>	J. Perez.
<i>Alcala de Henares.</i>	Z. Bermejo.	<i>Jerez.</i>	F. Alvarez.
<i>Alcala.</i>	J. Alfonso y Cuevas.	<i>Jodar.</i>	L. Coma y Prados
<i>Alcoy.</i>	Paya é hijos.	<i>Leon.</i>	M. Gonzalez Redondo.
<i>Algeciras.</i>	R. Muro.	<i>Lerida.</i>	J. Portarriu.
<i>Alicante.</i>	A. Lioret.	<i>Linares.</i>	R. Carrasco.
<i>Almaden.</i>	M. E. Godoy.	<i>Logroño.</i>	P. Briebe.
<i>Almagro.</i>	A. Vicente Perez.	<i>Loja.</i>	V. Cerezo.
<i>Almendralejo.</i>	C. Diaz.	<i>Lorca.</i>	A. Gomez.
<i>Almeria.</i>	L. Iribarne.	<i>Luceña.</i>	J. B. Cabeza.
<i>Almodonar del Campo.</i>	F. Ruiz y Fernandez.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Pujol.
<i>Almohar.</i>	F. P. Almoguera.	<i>Llerena.</i>	V. Martin Robles.
<i>Andájar.</i>	D. Caracuel.	<i>Mahon.</i>	P. Vinent.
<i>Antequera.</i>	J. A. de Palma.	<i>Málaga.</i>	J. G. Taboada.
<i>Aranda de Duero.</i>	J. Perdiguero.	<i>Mamila (Filipinas).</i>	Ojona y Cobada.
<i>Aranjuez.</i>	D. Santisteban.	<i>Manresa.</i>	P. Comellas.
<i>Arenas de Mar.</i>	F. Nicolau.	<i>Manzanares.</i>	V. Moraleda.
<i>Astorga.</i>	A. Gullon.	<i>Marchena.</i>	J. N. Dominguez.
<i>Avila.</i>	N. P. Rocandio.	<i>Martos.</i>	R. Sibantu.
<i>Avilés.</i>	V. Sanchez del Rio.	<i>Matagorda.</i>	N. Clavell.
<i>Badajoz.</i>	F. Coronado.	<i>Medina del Campo.</i>	J. Carrasco.
<i>Baena.</i>	F. Fernandez.	<i>Medina Sidonia.</i>	J. de Nicolau
<i>Baza.</i>	F. Lopez Moreno.	<i>Mérida.</i>	M. de Bartolomé Diaz.
<i>Bailen.</i>	J. M. Sellés.	<i>Mondoneo.</i>	Viuda de Delgado.
<i>Barbastro.</i>	G. Gorrales.	<i>Monovar.</i>	R. Berenguer.
<i>Barcelona.</i>	A. Saavedra.	<i>Mula.</i>	M. de Toro.
<i>Baza.</i>	J. Calderon.	<i>Montilla.</i>	J. Rodriguez Perez.
<i>Bejar.</i>	M. Iltan.	<i>Montoro.</i>	F. G. de las Casas.
<i>Benavente.</i>	P. Fidalgo Blanco.	<i>Motril.</i>	A. Ballesteros.
<i>Berja.</i>	L. Iribarne.	<i>Mudaca.</i>	T. Astuy.
<i>Bermeo.</i>	T. Astuy.	<i>Murcia.</i>	T. Guerra.
<i>Betanzos.</i>	J. M. Garcia.	<i>Nájera.</i>	M. Fernandez.
<i>Bilbao.</i>	T. Astuy.	<i>Ocaña.</i>	V. Calvillo.
<i>Borja.</i>	M. Arbiol.	<i>Orduña.</i>	M. Campos.
<i>Burgos.</i>	T. Arnaiz.	<i>Orense.</i>	T. Astuy.
<i>Cabra.</i>	B. Montoya.	<i>Orihuela.</i>	J. Ramon Perez.
<i>Cáceres.</i>	J. Valiente.	<i>Osuna.</i>	A. Aguilar.
<i>Cádiz.</i>	V. Morillas y Compañia.	<i>Oviedo.</i>	V. Montero.
<i>Caldatayud.</i>	F. Molina.	<i>Palencia.</i>	B. Longoria.
<i>Canarias.</i>	M. Savoie.	<i>Palma de Mallorca.</i>	G. Camazon.
<i>Carranza.</i>	T. Astuy.	<i>Pamplona.</i>	E. Pascual y J. Gelabert.
<i>Caravaca.</i>	P. Muñoz.	<i>Peñaranda.</i>	J. Rios Barrena.
<i>Carcagente.</i>	J. Alfonso y Cuevas.	<i>Plasencia.</i>	N. Hernandez Pizarro.
<i>Carmona.</i>	J. R. Dominguez.	<i>Pontevedra.</i>	E. Diez.
<i>Cartagena.</i>	J. Pedreño.	<i>Portugalete.</i>	M. Vereca y Villa.
<i>Carrion de los Condes.</i>	P. Montoya.	<i>Priego (Córdoba).</i>	T. Astuy.
<i>Castellon.</i>	J. M. de Soto.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	M. P. Moreno.
<i>Castrourdiales.</i>	J. Astuy.	<i>Puerto Rico.</i>	J. de la Cámara.
<i>Ceuta.</i>	A. Crivell.	<i>Quintanar de la Orden.</i>	J. Valderrama.
<i>Chiclana.</i>	L. Cantzares.	<i>Requena.</i>	J. de la Cámara.
<i>Chinchon y Colmena.</i>	Francisco Algoria.	<i>Reus.</i>	J. Mestre.
<i>Ciudad-Real.</i>	Viuda de gallego.	<i>Rivadeo.</i>	M. Sanchez.
<i>Ciudad-Rodrigo.</i>	P. Tejeda.	<i>Ronda.</i>	C. Garcia.
<i>Córdoba.</i>	M. Muñoz y Blasco.	<i>Sabadell.</i>	J. B. Vidal.
<i>Coruña.</i>	J. Lago.	<i>Salamanca.</i>	M. Prádanos.
<i>Cuenca.</i>	P. Mariana.	<i>Sallent.</i>	L. Garcia.
<i>Cullera.</i>	R. Martinez.	<i>San Felix de Guixols.</i>	F. Fernandez de Torres
<i>Daimiel.</i>	R. G. Camareña.	<i>San Fernando.</i>	R. Gutierrez.
<i>Don Benito.</i>	A. Sanchez Barroso.	<i>San Ildefonso.</i>	B. Pedemonte.
<i>Ecija.</i>	J. Giulí.	<i>San Lúcar.</i>	T. Oliva.
<i>Estella.</i>	B. Josué.	<i>San Roque.</i>	D. Malagarriga.
<i>Estepa.</i>	R. Cornejo.	<i>San Sebastian.</i>	P. Caymó.
<i>E lorrío.</i>	T. Astuy.	<i>Santander.</i>	A. Molinelo.
<i>Ferrol.</i>	J. Lago.	<i>Santiago.</i>	R. J. Serna.
<i>Figueras.</i>	Viuda de Bosch.	<i>Santo Domingo de la Calzada.</i>	J. M. Villar.
<i>Gerona.</i>	F. Dorca.	<i>Segovia.</i>	J. Acevedo.
<i>Gijón.</i>	Crespo y Cruz.		I. R. Baroja.
<i>Granada.</i>	J. M. Fuensalida.		S. Herrero.
<i>Guadalajara.</i>	F. Sanchez.		P. Basanzo.
<i>Hernica.</i>	T. Astuy.		B. Escribano.
<i>Habana.</i>	Charlari y Fernandez.		
<i>Caro.</i>	P. Quintana.		

247-5367

MISERIAS DE LA ALDEA.

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

DE DON TERCIO VOTO DE ROSALES

MISERIAS DE LA ALDEA.

de Madrid en 1865

MADRID:

IMPRESA DE LOS HERMANOS, PÉREZ, N.  
1865.

MISERIAS DE LA ALDEA.

# MISERIAS DE LA ALDEA,

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

DON EMILIO MOZO DE ROSALES.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el día 7  
de Marzo de 1863.



MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1863.

PERSONAJES. ACTORES.

ELVIRA, pupila de D. Sisebuto, 20 años.....	DOÑA FRANCISCA MUÑOZ.
PILAR, hermana de Cristino, 17.....	DOÑA ROSA TENORIO.
MARGARITA, ama de llaves de Monzon, 50.....	DOÑA EMILIA DANZAN.
CRISTINO, 26.....	D. MANUEL CATALINA.
MONZON, 60.....	D. ANTONIO PIZARROSO.
ALFREDO, hijo de Monzon, 27.....	D. N. PASTRANA.
LESMESS, prestamista de la aldea, 45.....	D. JUAN CASAÑER.
D. SISEBUTO, 30.....	D. MARIANO FERNANDEZ.
DIEGO, aperador de la casa de Cristino, 30.....	D. ANTONIO MENDOZA.
FRANCISCO, criado de Lesmes.....	D. N. N.
QUIRICO.....	D. MIGUEL IBAÑEZ.
ALDEANO 1.º.....	D. N. GARRIGOSA.

La escena pasa en una aldea de Castilla, en las márgenes del Pisuerga. Época actual.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.

Los Corresponsales y agentes de la *Administracion Lirico-dramática* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

IMPRESOR DE LOS SEÑORES EDITORES, D. N. GARRIGOSA.

1881

Á MI QUERIDO PADRE POLÍTICO,

EN TESTIMONIO DE SINCERO CARIÑO,

Emilio Mozo de Rosales.

A MI QUERIDO PADRE POSEÍDO

EN TESTIMONIO DE BUENO GRATO

Donde tiene de Residencia

---

## ACTO PRIMERO.

Gran patio de una casa de labor, cerrado por una berja, por detrás de la cual se vé una aldea. En primer término de la derecha se vé la fachada de una granja con puerta practicable. En segundo término puerta de un jardin con algunas macetas alrededor. Enfrente de estos dos términos, está la fachada de la casa de Cristino. Algunos sacos estan esparcidos contra el muro de la granja. Hay un banco de piedra cerca del proscenio. Al levantarse el telon, varios jornaleros entran los sacos en la granja. Una criada arregla las macetas. Diego inspecciona los trabajadores. Pasan cantando y corriendo algunos jóvenes de ambos sexos por detrás de la verja. Se oye á lo lejos una gaita y un tamboril.

### ESCENA PRIMERA.

DIEGO, ALDEANO 1.º, una CRIADA, varios ALDEANOS.

DIEGO. Otro costal á la espalda  
y otro mas. Vamos de prisa,  
que es fiesta y suena la gaita,  
y se vá pasando el dia.  
(Á la Criada.)  
No pongas esa maceta  
tan lejos, la señorita  
quiere que esten alineadas

- y formando *prespectiva*.
- ALD. Di, Diego. ¿Por qué arreglamos todo esto?
- DIEGO. Vienen visitas de Madrid.
- ALD. ¿De Madrid vienen?
- ¿Y quiénes son?
- DIEGO. Doña Elvira y su tío.
- ALD. Quién... aquella...
- DIEGO. Aquella... aquella. La hija del difunto don Rumaldo.
- ALD. Es verdad.
- DIEGO. La pobrecilla quedó huérfana y su tío la llevó á Madrid. Qué lista era entonces! Y qué guapa.
- ALD. Y qué guapa.
- DIEGO. Pues además es muy rica. El amo y su primo, el primo estudiante, la querían como á una hermana.
- ALD. Está claro, mas cuentan qué *prifria* al amo con too y con eso.
- DIEGO. Hacia bien: en la orilla del Pisuerga, no hay un jóven que tenga mas valentia. Qué bien rotura un barbecho y qué bien poda una viña! Nunca se *parició* en nada al primo. Qué *segurilla* y qué genio!
- ALD. Muchos cuentan, y será verdad, que arruina á su padre.
- DIEGO. Pues su padre daría por él la vida.
- ALD. Si es un santo.
- DIEGO. Santo y mártir, segun dice Margarita, su ama de llaves.

ALD. ¿Qué cuenta?  
DIEGO. Ya lo sabrás algún día.

### ESCENA II.

DICHOS, QUIRICO.

Entra pobremente vestido y dando señales de enajenacion. Sus palabras, sus movimientos y miradas expresan un sentimiento de rencor comprimido.

QUIRICO. Buenos días.

DIEGO. Bien venido.

¿Qué quieres, buscas al amo?

QUIRICO. No.

DIEGO. ¿Á la señorita?

QUIRICO. No.

DIEGO. ¿Pues á quién?

QUIRICO. Al secretario.

ALD. ¿Á Lesmes?

DIEGO. No le hemos visto por aqui.

QUIRICO. Nunca le hallo, nunca, y mi mujer espera y mi Joaquin está malo.

DIEGO. ¿Qué tienes?

QUIRICO. Nada, me voy.

DIEGO. ¿Dónde?

QUIRICO. No sé, por los campos.

(Se marcha lentamente y desaparece por los campos.)

### ESCENA III.

DICHOS, menos QUIRICO.

DIEGO. ¡Pobre hombre!

ALD. ¿Qué es lo que tiene Quirico? verle dá pena.

DIEGO. Mire usted, un labrador que cultivaba una hacienda que valia por lo menos un celemin de pesetas!

ALD. Dímelo á mí. Daba un trigo  
y un centeno y una avena,  
que asombraban á las gentes  
que cruzan esta ribera.

DIEGO. ¡Ya! mas, como dijo el otro,  
no todo ha de ser cosecha,  
y vino un año mediano,  
y al otro descargó piedra;  
y al tercero, pidió cuartos  
para cultivar sus tierras.  
Le prestó Lesmes. Al pronto,  
como él no entiende de cuentas,  
creyó que no era una ruina  
pagar de rédito el treinta.  
Pero anda, anda, que los días  
pasando como centellas  
y el interés aumentando,  
le armaron una cadena  
que ya, ya! En fin, lo cierto  
es que á pesar de sus quejas,  
Lesmes se guardó sus fincas  
y le dejó en la miseria.  
Después diz que le arrendó  
otra vez su antigua hacienda;  
pero como no tenia  
trigo para la *simienza*,  
Lesmes se le dió, exigiendo  
que le diera tres fanegas  
por cada una.

ALD. ¡Qué infamia!  
Ese hombre pierde la aldea.  
Hay mas de veinte familias  
mendigando en esas puertas  
por su culpa.

DIEGO. Pues cuidado,  
porque aunque la gente es buena,  
puede ser que alguna vez  
pague al fin todas sus deudas.

## ESCENA IV.

DICHOS, CRISTINO, PILAR.

- ALD. Los amos.  
(Cristino, que trae en la mano un taleguillo, se acerca á Diego: Pilar pone en órden sus macetas.)
- CRIST. Id á la fiesta,  
ya es hora.
- PILAR. ¿Pero no ves  
que puestas de esa manera  
estorban? Así, muy bien.
- CRIST. Paga á los muchachos, Diego.  
(Le dá el taleguillo.)
- DIEGO. Señor, si nos diera usted  
una propina... hay novillos  
en la plazuela...
- CRIST. ¿Quereis  
divertiros?
- DIEGO. ¡Pues!
- CRIST. Tomad  
un duro para beber;  
pero que no haya disputas.
- DIEGO. ¡Cá! no habrá ningun aquel.  
(Diego y los demas aldeanos se marchan por el foro.)

## ESCENA V.

CRISTINO y PILAR.

- PILAR. ¿Intentas que en este dia,  
aunque de diversos modos,  
participen aqui todos  
de tu ferviente alegria?
- CRIST. No intentes que se destruya  
con esa reserva extraña,  
pues si el alma no me engaña  
es mucho mayor la tuya.
- PILAR. ¡Oh! Nada ocultarte puedo.
- CRIST. Harto en tu rostro traspira,  
que si yo pienso en Elvira

- tambien piensas en Alfredo.
- PILAR. ¿Te enoja?
- CRIST. No, pero dudo que á reunirnos volvamos.
- PILAR. Ya sé que solo esperamos á Elvira.
- CRIST. Ingrato y mudo sigue mi primo en la córte, y este silencio profundo indica bien que el gran mundo de hoy mas ha de ser su norte.
- PILAR. ¿Y qué he de hacer?
- CRIST. Olvidarle.
- PILAR. Jamás. Elvira desea que salgamos de la aldea, y en Madrid he de encontrarle.
- CRIST. Antes que esa invitacion aceptemos, es deber indisputable saber si no cambió de intencion.
- PILAR. Dudas de los sentimientos de Elvira; ¡oh! no mereces que te quiera.
- CRIST. ¡Cuántas veces son falsos los juramentos! Harto recuerdo que un dia, hoy encanto de mi mente, Elvira su amor naciente entre Alfredo y yo partia; uno y otro se esforzaba en encomiar sus primores, y ella, Pilar, con dos flores nuestro cariño pagaba. Si se adornaba el prendido con un clavel, yo vencia; mas si una rosa elegia Alfredo era el preferido. Asi los años que fueron mas deliciosos pasaron, los juegos se terminaron y Alfredo y ella partieron, Ella siguió á su tutor,

Alfredo se fué á estudiar,  
y yo en mi pobre lugar  
seguí siendo labrador.

Por eso al verme... tostado,  
tosca el habla y el vestido,  
y al comprender que he perdido  
lo que ellos habrán ganado,  
siempre una duda me acosa  
insoportable y cruel:  
¿se acordará del clavel  
ó preferirá la rosa?

PILAR. ¡La rosa! No, no concedo;

Elvira y tú os casareis.

Yo lo sé, volverá Alfredo,  
me amará mucho... En el día  
estamos ricos los dos,  
con que...

CRIST. Que te escuche Dios.

PILAR. Un abrazo.

CRIST. ¡Hermana mia! (Abrazándola.)

## ESCENA VI.

DICHOS, MARGARITA.

MARG. Noticia. (Entra corriendo.)

CRIST. ¿Qué es lo que ocurre?

¿Se ha puesto malo mi tío?

MARG. El amo está muy contento.

PILAR. ¿Por qué?

MARG. Por... ¡uf! he venido

tan deprisa... Estaba yo  
poniendo en órden los libros

del amo, porque me gusta

tenerlo todo muy limpio,

cuando entra este y me dice,

asi con un regocijo...

y un color de cara... Alfredo

llega hoy. ¿Cómo? Me ha escrito.

Conque arregle usted su cuarto.

Al punto; pero he querido

ante todo que supieran

- esta noticia sus primos.
- PILAR. Muchas gracias, Margarita.
- CRIST. ¡Es singular! (Pensativo.)
- PILAR. ¿Ves, Cristino?
- MARG. el corazon es profeta.
- MARG. Como su madre me dijo  
al morir, cuida á mi Alfredo,  
vamos, le tengo un cariño...  
y eso que siempre me ha dado  
disgustos el señorito.  
¡Y qué disgustos!
- CRIST. Lo creo.
- PILAR. ¿Quién piensa...
- MARG. Cuando era chico  
podía pasar; mas hoy...  
Lo que su padre ha sufrido  
es increíble. No dice,  
si estoy malo es por mi hijo;  
si solo tengo un gaban  
desusado y recosido  
es por él; si ya no salgo...  
Mas no soltemos el mirlo,  
porque las paredes oyen.
- CRIST. Hable usted, se lo suplico.
- MARG. Cuanto se come en la casa  
hace algun tiempo, es debido...
- PILAR. No me descubras. (Ap. á Margarita.)
- CRIST. ¿Y bien?
- MARG. En fin, don Juan no era rico;  
pero tenia bastante  
para vivir sin auxilio  
de nadie.
- CRIST. ¿Y ahora?...
- MARG. Ahora...
- CRIST. Hable usted.
- MARG. Segun colijo  
aqui hay un enredo grande.  
(Con misterio.)  
El amo nunca me ha dicho  
la verdad, porque no quiere  
que le riñan; pero he visto  
entrar en casa... ¿No escuchan?

(Mira con cuidado á un lado y otro. En el momento en que sigue el diálogo, Monzon entra por el fondo, oye lo que se dice de él y se acerca sin ser visto.)

CRIST. ¿Á quién?  
MARG. Por Dios, señorito,  
no vaya usted á descubrirme,  
porque don Juan es muy rígido...  
PILAR. ¿Pero á quién has visto?

### ESCENA VII.

DICHOS, MONZON.

MONZON. Á nadie.  
(Interponiéndose entre Cristino y Margarita.)  
MARG. (El amo.) Señor... yo...  
PILAR. Tío...  
MONZON. Mucho siento que escucheis  
sus cuentos. No necesito  
que nadie impugne mis actos.  
Hago lo que debo y vivo  
como me place.  
PILAR. Por Dios,  
no se enfade usted, yo he sido  
la que...  
MONZON. No quiero turbar  
nuestro mútuo regocijo,  
y la perdono.  
PILAR. Bien hecho.  
MARG. (Siempre caigo en el garlito.)  
PILAR. Hoy embargo á Margarita:  
me hace falta. Ven conmigo.  
(Margarita y Pilar entran en la casa.)

### ESCENA VIII.

CRISTINO y MONZON.

MONZON. Tambien ella me critica.  
(Mirando á Margarita.)  
CRIST. No, tío, le compadece  
porque vé que usted padece

- sin decirlo.
- MONZON. ¿Y cómo explica  
ese pesar, qué motivo  
la culpa del duelo tiene?  
¿No sabe que Alfredo viene,  
y que para Alfredo vivo?
- CRIST. Sin duda, mas si le halaga  
su vuelta, no es menos cierto  
que todos han descubierto  
que Alfredo su amor no paga.
- MONZON. Contarán que tiene vicios,  
que me arruina, el vulgo inventa  
á placer.
- CRIST. El vulgo cuenta  
sus inmensos sacrificios.
- MONZON. Para mí son un encanto.
- CRIST. Repruebo esa abnegacion.
- MONZON. Si doy una posicion  
al hijo á quien amo tanto,  
si protejo su ardimiento  
y él paga, en fin, mis servicios...  
¿qué son unos sacrificios  
que ni me afligen ni cuento?  
Mi satisfaccion no prueba,  
y en pró de su amor no aboga,  
ver que se viste una toga  
en vez de llevar la esteva?
- CRIST. Que tiene razon confieso...
- MONZON. Pues entonces no me explico  
lo que criticas.
- CRIST. Critico  
en este asunto el exceso.  
¿Quién afirma al que aventura  
por un título su haber,  
que con él ha de obtener  
una posicion segura?
- MONZON. Pobre Cristino, cualquiera  
que tenga alguna razon.
- CRIST. Y si falta aplicacion  
¿de qué sirve la carrera?  
¿De qué sirve si un partido  
nos destierra, si perdemos

la salud, si no tenemos  
un protector decidido?

MONZON. ¿Y quién evita esos males?  
¿Qué específico emplear,  
sabes tú?...

CRIST. No enajenar  
los bienes patrimoniales,  
campo risueño y fecundo  
de nuestra infancia testigo,  
donde se encuentra un abrigo  
contra las iras del mundo!

MONZON. Es verdad; pero sucede  
que la reflexion no basta:  
se empieza y luego se gasta...

CRIST. Tal vez lo que no se puede.  
Así el hombre temerario  
que solo bienes augura,  
pierde una hacienda segura  
por un título precario.

MONZON. ¡Oh! no me aflijas tambien,  
déjame esperar...

CRIST. Yo siento...

MONZON. Alfredo tiene talento  
y sabrá pagarme bien;  
mas si al fin debe pesarme  
mi falta de precaucion,  
fué tan buena la intencion,  
que Dios ha de perdonarme.

### ESCENA IX.

DICHOS, DIEGO y algunos ALDEANOS.

MONZON. Mas ¿qué ruido?...

CRIST. ¿Qué sucede?

DIEGO. Como es el día del santo  
y aqui acostumbran correrse  
novillos todos los años,  
fueron á pedir licencia  
há poco algunos muchachos;  
dióla el alcalde, mas llega  
de improviso el secretario

y dice enfadado, basta de toros y de porrazos.

¡Pero, hombre! exclamó el alcalde,

¿qué hay en los toros de malo?

Que los rechaza el progreso por tercios y retrogrados.

¿Y los novillos? Tampoco

son bichos civilizados,

de modo que si usted insiste

le van á apear del mando.

Y como el Alcalde es corto,

y don Lesmes es muy largo,

le convenció y al fin dijo

al alguacil Vino aguado;

Á todo el que hable de toros

que se le prenda en el *acto*.

CRIST. ¿Y qué quereis?

DIEGO.

Que está el pueblo

á matar contra ese bando,

y como usted no lo impida

va haber aqui mucho palo.

MONZON.

DIEGO.

De ningun modo.

Si usted

hablara al alcalde acaso,

consintiera...

MONZON.

Asi lo haré,

y os prometo que ni el santo

ni vosotros quedareis

esta tarde desairados.

DIEGO.

¿Ois?

ALDS.

¡Vivan los Monzones!

CRIST.

Yo iré tambien.

(En este momento entra D. Sisebuto con un paraguas un gran libro debajo del brazo y un saco de noche en una mano. Detrás de él viene Alfredo dando el brazo á Elvira. Los Aldeanos y Diego se retiran.)

ESCENA X.

CRISTINO, MONZON, D. SISEBUTO, ELVIRA, ALFREDO.

SISEB. Paso, paso.

CRIST. ¡Elvira!

MONZON. ¡Alfredo!

ELVIRA. ¡Cristino!

CRIST. Por fin á vernos volvemos.

MONZON. Ya no nos separaremos,  
¿no es verdad?

(Abrazando afectuosamente á Alfredo.)

SISEB. ¡Ay, qué camino,

qué mayoral, y qué coche!

Mire usted, señor Monzon,

mire usted qué coscorrón

me he pegado aqui esta noche.

(Enseñando por un lado la cabeza.)

ESCENA XI.

DICHOS, PILAR, MARGARITA.

PILAR. ¡Elvira!

MARG. Déjeme usted

(Á Alfredo que pugna por desasirse.)

que le abraze.

ELVIRA. Estás tan bella

que apenas si queda huella

del tiempo en que te dejé.

ALF. Ya basta.

MARG. Si está usted flaco,

y me dá pena...

MONZON. Es que viene

cansado.

MARG. ¡Qué cara tiene!

(Á Monzon, señalando á Alfredo.)

MONZON. Mujer, eso es del tabaco.

MARG. ¿Del tabaco? (Aproximándose á Alfredo.)

ALF. Bien: no estoy

para oírte.

- MARG. ¡Qué aspereza!  
(Atraviesan la escena un mayoral y un aldeano con dos maletas.)
- SISEB. Que guarden en una pieza todo ese equipaje.
- MARG. Voy.  
(Sigue á los mozos.)

## ESCENA XII.

ALFREDO, ELVIRA, PILAR, D. SISEBUTO, MONZON, CRISTINO.

- PILAR. ¿Te entristece estar aqui?
- ALF. ¿Sufre usted?
- ELVIRA. No sufro, aspiro este aire apacible y miro los campos donde nació. Y los encuentro tan bellos y me infunden tal placer, que no acierto á comprender cómo viví lejos de ellos.
- PILAR. ¿Es posible, amiga mia?
- CRIST. Lo contrario presumí.
- ALF. No te fies: habla así (Á Cristino:) por pura galantería.
- MONZON. Yo encuentro muy natural que pensará en nuestra aldea.
- ALF. ¡Natural, siendo tan fea!
- PILAR. No nos la trates tan mal.
- CRIST. Allá en la córte ha dejado por lo visto el pensamiento.
- MONZON. Lo veo con sentimiento.
- PILAR. Yo también.
- CRIST. Mucho has cambiado.
- SISEB. Es caso comun, sencillo, nació aqui, se trasplantó (Con gravedad filosófica, que guarda durante la obra.) mas tarde y se aclimató en la calle del Barquillo. El hombre es una raiz.

- ALF. ¿Cómo?  
SISEB. Una especie de parra con brazos, y cuando agarra no hay mas que hablar, es feliz.
- ALF. Ya, pero cuando tranquilo vejetaba en mi elemento, ha tenido usted el talento de arrancarme de mi asilo.
- SISEB. Usted es quien se ha empeñado en seguirnos.
- ALF. Yo queria servir á Elvira de guia.
- PILAR. ¡Él!  
CRIST. ¡Oh!  
ELVIRA. Gracias.  
SISEB. ¡Qué abogado!  
(Dando una palmada en el hombro á Alfredo y mirando á Monzon.)
- ALF. Y tú, como es natural, (Á Cristino) sigues con ardiente celo cuidando...
- CRIST. El rústico suelo que te parece tan mal.
- ALF. ¡Pobre chico!
- CRIST. Te equivocas, pues lo que te asusta tanto me distrae á mí.
- ALF. ¡Qué encanto pueden tener esas rocas que asoman en la espesura!
- CRIST. ¿Y á su pie no viste, Alfredo, el floreciente viñedo?  
¿No admiraste la llanura que la corriente del rio convierte por ambos lados en magníficos sembrados y en tablas de regadio?  
¿No se alegraron tus ojos al ver que desde tu infancia se hizo campo de abundancia la estéril tierra de abrojos?  
Pues ese cambio consiste,

- si en ello nunca has pensado,  
en haberme yo quedado  
cuando á la córte te fuiste.  
Al ver que mi hacienda era  
escasa, aunque con dolor,  
me dediqué á la labor  
en vez de seguir carrera.  
ALF. ¡Virtuoso primo!  
CRIST. No sé  
si es el trabajo virtud,  
mas toda mi juventud  
al trabajo consagré.  
MONZON. Y con ardimiento tal,  
que aunque el tiempo ha sido breve,  
esta comarca le debe  
su prosperidad actual.  
ALF. Los palurdos deberian  
hacer solos las labores.  
CRIST. ¡Solos! ¡pobres labradores!  
En vano si no los guian  
se afanarán á destajo  
por acallar su afliccion,  
pues donde no hay instruccion  
es inútil el trabajo.  
SISEB. Muy bien dicho.  
ALF. Pues yo dudo  
que un hombre de condiciones  
se avenga á cuidar terrones:  
es un trabajo tan rudo  
como soez.  
SISEB. Poco á poco:  
las cimas, los peñascales  
dan yerbas medicinales  
excelentes.  
ALF. (Está loco.) (Á Monzon.)  
SISEB. No intento como Cristino  
cultivar trigo y cebada,  
porque eso no vale nada;  
quiero aclimatar el quino.  
MONZ. y CRIST. ¡El quino!  
SISEB. El quino, señores.  
*Cortes pernanus.*

- MONZON. ¿Y á quién  
se le ocurre?...  
SISEB. Vendrá bien.  
CRIST. Pues lo niegan los autores.  
SISEB. Niegan. ¡Pobres criaturas!  
ALF. Usted...  
SISEB. Yo soy mas valiente,  
mucho mas, pues hago frente  
á todas las calenturas.  
MONZON. Creo que es una ilusion.  
CRIST. Recibirá desengaños...  
SISEB. He consagrado veinte años,  
veinte, á la aclimatacion;  
mas voy en un dos por tres  
para que sepan la historia  
del quino, á leer la memoria  
que escribo ahora.  
MONZON. (Asustado.) Despues.  
SISEB. Dí, Elvira, cuál es el fin  
que me propongo.  
ALF. Sabemos  
todos...  
SISEB. No.  
ELVIRA. Luego hablaremos:  
voy con Pilar al jardín.  
ALF. Sí, si; yo tambien...  
MONZON. (Deteniendo á Alfredo.) Espera.  
SISEB. Vulgo estúpido, insensato.  
(Abre el libro que ha traído debajo del brazo, y se  
pasea leyendo en él.)  
CRIST. (Á Pilar, ap )  
¡Qué bella está!  
PILAR. (Á Cristino, por Alfredo.)  
¡Y él, qué ingrato,  
ni una mirada siquiera!  
(Entra con Elvira en el jardín.)  
ALF. Y lo tiene.  
Y lo tiene.

ESCENA XIII.

D. SISEBUTO paseando y leyendo, MONZON, ALFREDO y CRISTINO formando un grupo aparte.

MONZON. Ya qué tienes en tan poco  
nuestros trabajos, deseo  
que de los tuyos nos hables.

ALF. Sumo placer tendré en ello.

CRIST. Seis años sin verte.

ALF. ¡Seis!

Qué de prisa pasa el tiempo.

SISEB. Lineo exclama irritado...

(Acercándose á Alfredo de pronto.)

ALF. Que se apacigue Lineo,

(Impidiéndole hablar.)

y tome usted un trabuco.

(Ofreciéndole un cigarro, y guardando otro para él.)

SISEB. Tabaco, no; le aborrezco,

porque á costa de las fauces

robustece el presupuesto.

Pero oiga usted, Westring

(Lee entre tanto que Alfredo encienda un cigarro)

vió de pronto al pié de un cerro

un árbol que parecía

un avellano en lo grueso,

se acerca, huele y exclama:

¡Él es!

(Tira distraidamente del pelo á Cristino, creyendo que  
coge las hojas del árbol.)

CRIST. Suelte usted mi pelo.

SISEB. Bien. (Sigue paseando.)

MONZON. Pobre demente.

ALF. Adoro

el sabor de un buen veguero,

ademas es necesario

llevar tabaco de precio

cuando se tienen amigos...

eminencias.

MONZON. Ya lo creo.

¿Y tú los tienes?

- ALF. No hay hombre colocado en alto puesto, que no me salude.
- MONZON. Bravo.
- SISEB. (Leyendo.) Eso es aumentar.
- ALF. No aumento.
- SISEB. (Gravemente.) Hablo de Westring.
- CRIST. ¿Y cómo has conseguido?...  
ALF. (Con énfasis.) Misterios de la corte, ó mejor dicho, recursos de mi talento, porque en Madrid la palabra es superior al dinero.
- MONZON. Eso se comprende bien: un abogado...
- ALF. No ejerzo.
- CRIST. ¿Pues qué haces?
- ALF. No hago nada.  
(Saboreando su cigarro.)
- SISEB. Ahí está el quid.  
(Dando una palmada en el libro.)
- MONZON. No comprendo.
- ALF. Tomé el grado, abrí bufete, mas todos mis pasos fueron infructuosos para hallar quien me confiara un pleito.
- MONZON. (Con asombro.) ¿Y tu título?
- ALF. Colgado en mi cuarto.
- CRIST. Y tu talento...
- ALF. Colgado tambien, Cristino, lo que sobran son ingenios.
- SISEB. Siempre han encontrado modo de disculparse los necios: ahora dice Juan Pavon que el árbol estaba seco.
- ALF. (Exasperado.) Déjenos usted.

- MONZON. De modo  
que todos nuestros proyectos  
se han hundido.
- ALF. ¡Qué locura!  
seguí pronto otro sendero,  
y me puse á defender  
los principios del gobierno.
- MONZON. ¡Tú!
- CRIST. ¿Al gobierno?
- ALF. Escribí  
artículos virulentos  
contra las oposiciones  
de la prensa y del congreso,  
aprobé muchas reformas,  
inicié varios proyectos,  
dí algunos tés, recibí,  
una estocada en un duelo,  
y me hice un hombre esencial  
al cabo de poco tiempo.
- CRIST. ¿Pues cómo estás sin destino?
- MONZON. Es verdad.
- ALF. Porque no puedo  
aceptar una bicoca,  
mi nombre requiere un puesto...  
secretario de embajada  
para empezar.
- SISEB. Esto es serio. (Cerrando el libro.)
- MONZON. No te formes ilusiones.
- ALF. ¿Ilusiones?
- CRIST. Pide menos.
- SISEB. No señor.
- ALF. De hoy á mañana  
espero mi nombramiento.
- MONZON. ¡Es posible!
- ALF. Cuando doy  
mi palabra.
- MONZON. ¡Conque es cierto!  
Lo ves, Cristino, lo ves?  
qué importa que pobre y viejo  
viva yo aquí, si él disfruta  
el puesto que le deseo!
- CRIST. Un abrazo.

- ALF. Lo recibo.  
SISEB. Por su mediacion espero que al fin me ensalce la prensa y que me apoye el gobierno. Voy á buscar mi memoria, no leeré mas que diez pliegos.
- MONZON. Cada loco con su tema.  
ALF. Si vuelve á Madrid le encierro.

#### ESCENA XIV.

DICHOS, D. LESMES.

- LESMES. ¿De vuelta? ¡Oh! felicidad.  
MONZON. ¡Lesmes! (Con marcado disgusto.)  
ALF. (Arpagon.)  
LESMES. Amigo, celebro...  
ALF. ¿Qué tal? (Con indiferencia.)  
LESMES. Yo sigo sin ninguna novedad. No esperé verle tan pronto, su primo tambien dudaba...  
CRIST. Yo...  
LESMES. Y el pueblo murmuraba... (Con marcada intencion.) Pero el pueblo es siempre tonto.  
ALF. ¿Qué decian?  
MONZON. No hagas caso...  
ALF. Quiero saber...  
LESMES. Que estudiante, jóven, rico y elegante no habrá dado algun mal paso. No extraño que se deslice, pues si sus rentas acorta...  
ALF. Bien hecho, ¿á usted qué le importa?  
LESMES. Digo lo que el vulgo dice. Al pronto aturdido y necio á dudar de usted me indujo: mas ya hoy... ¡hombre, qué lujo! subidito será el precio: (Inspeccionando irónicamente el traje de Alfredo.)

- su buen padre no ha tenido  
nunca un traje tan rumboso.
- MONZON. ¿Para qué?
- LESMES. Se cree dichoso  
con un gaban recosido.
- ALF. (Es verdad.)  
(Mirando con pena el gaban de su padre.)
- LESMES. (Estan sudando.)  
Y tiene piezas.
- MONZON. (Cruel.)
- ALF. ¡Oh, piezas!
- MONZON. Me encuentro en él  
á mi gusto...
- LESMES. Y lo vá usando.
- CRIST. (Canalla.) En las poblaciones  
pequeñas no se prejuzga  
á los hombres, se los juzga  
por sus buenas condiciones.
- LESMES. Es segun...
- MONZON. Esto lo abona  
el que el pueblo agradecido,  
á pesar de mi vestido  
tiene en mucho mi persona.
- CRIST. No dijeran otros tanto. (Con intencion.)
- LESMES. Otros...
- ALF. Sigue usted tan fiero  
como siempre.
- LESMES. Siempre quiero  
el bien de la aldea.
- CRIST. En tanto  
la contradice y la enfada.
- LESMES. Sujeto á la muchedumbre.
- CRIST. Porque abolir la costumbre  
de la antigua novillada...
- ALF. ¿Es verdad, y las funciones?...
- CRIST. Se opone.
- ALF. ¿Qué es eso  
de oponerse?
- MONZON. Es un exceso  
de autoridad.
- LESMES. Hay razones...  
No puedo hacerme de miel

- ALF. con un pueblo temerario.  
Pues bien, señor secretario,  
yo intercederé por él.
- LESMES. ¿Cómo?
- ALF. Abogando de balde.
- CRIST. Bien, bien.
- LESMES. Le ruego...
- CRIST. Intercede.
- LESMES. Pues el alcalde no cede.  
(Con energía.)
- ALF. Yo haré que ceda el alcalde.

### ESCENA XV.

MONZON, CRISTINO, LESMES, D. SISEBUTO.

Monzon y Lesmes hablan á media voz y separados de Cristino.

- LESMES. ¿Conque ha de seguir la guerra?
- MONZON. Nosotros no la buscamos.
- LESMES. Es que peca usted de bueno.
- MONZON. Porque usted peca de malo.
- SISEB. ¿Dónde está Alfredo... Cristino?  
(Sale con una memoria voluminosa y se apodera de Cristino.)
- CRIST. Suplico á usted...
- SISEB. Pronto acabo.
- LESMES. Pues su empeño será inútil,  
porque usted y sus aldeanos  
son ya mis súbditos.
- MONZON. ¡Súbditos!  
Porque tiene cuatro cuartos,  
producto de sus infamias  
y préstamos usurarios.
- LESMES. Envidia...
- MONZON. Desprecio. (Con dignidad.)
- LESMES. En fin,  
su fortuna está en mi mano.
- CRIST. ¿Dos fábricas de quinina?
- SISEB. Y si hay mas consumo, cuatro.
- MONZON. Mañana le espero en casa.
- LESMES. Ya no puedo darle plazos...

MONZON. No me hacen falta.  
LESMES. (¡Qué orgullo!)  
MONZON. (Salir de él es necesario.)  
CRIST. Don Lesmes podrá buscarle  
tierras.  
SISEB. Voy, voy.  
CRIST. (¿Qué ha pasado  
entre los dos?)  
SISEB. Un instante. (A Lesmes.)  
¿Quiere usted ser millonario?  
LESMES. ¡Hombre!  
SISEB. Pues escuche.  
LESMES. Escucho.  
SISEB. Yo necesito un gran campo...  
(Salen hablando por el foro.)

## ESCENA XVI.

CRISTINO, MONZON, PILAR, ELVIRA.

ELVIRA. No me cansó de admirar  
este ramo de capullos.  
¡Qué fragancia!  
PILAR. Hemos formado  
proyectos que de seguro  
te agradarán.  
CRIST. Desde luego.  
PILAR. Elvira y don Sisebuto  
permanecerán aquí  
quince días.  
CRIST. No son muchos,  
razon por la cual protesto...  
MONZON. Y yo interpongo mi influjo.  
ELVIRA. Despues usted y Pilar  
me acompañarán.  
PILAR. Te juro  
que iremos, pero entre tanto  
divertirnos es muy justo,  
y usted tambien...  
MONZON. Á mi edad...  
PILAR. Iremos á ver los muros  
del castillo... la laguna

- del robleal, los sepulcros  
moriscos y otras mil cosas,  
pero no á pié, sino en burros.
- ELVIRA. ¡Qué ocurrencia!
- PILAR. Por el pronto  
hoy hemos de comer juntos.
- CRIST. ¿Acepta usted, tío?
- MONZON. Gracias.
- PILAR. Ese rostro taciturno  
me dá pena, también tengo  
disgustos, muchos disgustos...
- ELVIRA. Tú...
- MONZON. ¿Por qué causa?
- CRIST. Quimeras.
- PILAR. En todo caso, si sufro  
no quiero aburrir á nadie  
con mis propios infortunios,  
conque imite usted mi ejemplo.
- MONZON. Así haré por darte gusto...
- CRIST. ¡Qué exigencia!
- ELVIRA. Venga usted,  
y descubriremos juntos  
el modo de festejar  
á mis huéspedes.
- MONZON. Al punto.
- (Entran en la casa.)

### ESCENA XVII.

CRISTINO, ELVIRA.

- ELVIRA. Tan larga la ausencia ha sido,  
que el vernos sueño parece.
- CRIST. Bien esta dicha merece  
quien tanto tiempo ha sufrido.
- ELVIRA. ¿Has sufrido?
- CRIST. No es extraño.
- ELVIRA. Que cuentes la causa quiero.
- CRIST. No hay cariño verdadero  
que no tema un desengaño!
- ELVIRA. Tú mismo del bien te apartas,  
puesto que dudas...

- CRIST. No tal,  
pero tu ausencia...
- ELVIRA. Muy mal  
has debido leer mis cartas.
- CRIST. Tal vez tus iras provocho,  
pero cuando me escribias  
pensaba que pretendias  
volver la razon á un loco.
- ELVIRA. No es locura la constancia.
- CRIST. Pero es sueño el esperar  
que quieras realizar  
los proyectos de tu infancia.
- ELVIRA. Cese tan vana querella.
- CRIST. No te exasperes si dudo,  
mas veo que soy tan rudo...  
tanto, como tú eres bella.
- ELVIRA. Merecias mi desden  
por tan enorme impostura.  
Dime, ¿qué mayor cultura  
que saber amar tan bien?
- CRIST. Yo nada aprendí...
- ELVIRA. ¿Y acaso  
no es amor maestro ducho?
- CRIST. Tú misma intentas... ¡qué escuchol
- ELVIRA. Solo cuesta el primer paso.
- CRIST. ¿Y cómo entrar en la lid  
cortesana?... Mucho fias.
- ELVIRA. Con unas lecciones mias  
y los aires de Madrid,  
venceremos.
- CRIST. Soy de roble,  
Elvira, y ya me abochorno...
- ELVIRA. Tienes el primer adorno  
de todos, una alma noble.
- CRIST. Si me proteges así  
nada temo: sé mi guía  
en el mundo, y si algun dia  
llego á ser digno de tí...
- ELVIRA. Digno siempre, pues en vano  
dudaste de mi cariño.
- CRIST. Me ofreciste cuando niño...
- LESMES. Los pillé. (En la verja.)

ELVIRA. Darte mi mano.  
(Cristino besa con efusion la mano que Elvira le abandona.)

### ESCENA XVIII.

DICHOS, LESMES.

LESMES. Ave Maria.

CRIST. ¡Qué hombre  
tan pesado!

LESMES. Usted dispense  
si he venido á interrumpir...

ELVIRA. Nada importa.

CRIST. ¿Qué se ofrece?

LESMES. Quisiera hablar de un negocio  
á solas.

CRIST. Si usted pretende  
que compre la propiedad  
de algun infeliz...

LESMES. No es ese  
mi proyecto.

ELVIRA. Está muy bien:  
yo me voy, hablen ustedes.

### ESCENA XIX.

LESMES, CRISTINO.

LESMES. Parece extraño que vuelva  
despues del ligero choque...

CRIST. Nosotros no conservamos  
rencor á nadie.

LESMES. Usté es noble  
y prudente; mas su tio...

CRIST. Le ruego que no provoque...

LESMES. Alfredo es peor...

CRIST. ¡Don Lesmes!

LESMES. ¿Qué quiere usted? somos hombres,  
y el amor propio...

CRIST. Acabemos.

LESMES. Voy al punto: ¿usted supone

- tal vez que soy insensible?
- CRIST. No, señor.
- LESMES. Que soy de roble?
- CRIST. Juro á usted...
- LESMES. Pero le aprecio,  
le aprecio de veras, jóven.
- CRIST. Gracias.
- LESMES. No quiero que nadie  
su credulidad explote.
- CRIST. ¿Mi credulidad?
- LESMES. (Con misterio.) Alfredo  
es águila audaz, que corre  
tras la tórtola que usted  
ama tanto.
- CRIST. No es tan pobre  
mi corazón, que suponga...
- LESMES. Y en tanto no se trasforme,  
en nada podrá luchar  
con un hombre de la córte.
- CRIST. Mas, ¿quién le dice que intente?...
- LESMES. Es preciso ser muy torpe,  
para no ver que su viaje  
tiene por causa una dote.
- CRIST. ¡Qué infamia!
- LESMES. Si hubiera oído  
como hablaba un alcornoque  
de mayoral, del cuidado  
y extremadas atenciones  
que ha tenido el señorito  
por doña Elvira en el coche!...  
¡Qué mimos! ¡Qué cortesías!  
¡Vamos, echaba los bofes!
- CRIST. (¡Qué infierno!) Juntos crecieron,  
y nada hay aquí que asombre.
- LESMES. ¡Oh! nada, y se casarán  
como usted no se alborote.
- CRIST. Basta: ni Alfredo proyecta  
la infamia que usted supone,  
ni yo debo...
- LESMES. ¡Pobrecillo!  
Loco como los Monzones.  
En fin, puesto que desprecia

y toma á mal mis informes,  
no quiero insistir, que Alfredo  
triunfe en paz, que le robe  
todo un porvenir de dichas.  
Siga usted en sus trece, jóven.

(Si fuera verdad...) Don Lesmes...

CRIST.

LESMES. ¿Qué?

CRIST.

Nada.

(Separándose de él con disgusto.)

LESMES.

(Ya le corroen

los celos, cargué la mina  
y la explosion será enorme.)

## ESCENA XX.

DICHOS, D. SISEBUTO, despues PILAR.

SISEB. Nuevo Colon, ya encontré  
la tierra que deseaba.  
Huela usted.

LESMES.

¡Uf!

(D. Sisebuto trae una hazada al hombro y una es-  
puerta de tierra, que se empeña en hacer ver y oler á  
Lesmes y Cristino.)

SISEB.

Tierra vírgen,

y voy á explicarle...

LESMES.

Gracias.

(Sale precipitadamente.)

PILAR.

Cristino, el tio te espera  
(Saliendo de la casa )  
para jugar á las damas.

CRIST.

(Bien dijo: «por ella solo  
he venido.»)

SISEB.

Qué fragancia.

(Oliendo la tierra.)

PILAR.

¿No me oyes, qué tienes?

CRIST.

Tengo...

SISEB.

Vea usted esto.

(Interponiéndose con la espuerta.)

CRIST.

Me aguardan.

SISEB.

(Entra en la casa.)  
Qué groseria, marcharse

sin decir una palabra  
(Sigue corriendo á Cristino.)

### ESCENA XIX.

PILAR y ALFREDO.

ALF. Mi elocuencia ha triunfado.

(Entra volviendo la cabeza hácia la aldea. En este momento empieza un rumor confuso que se vá aumentando cuando lo indique el diálogo. Alfredo preocupado con lo que sucede en la plaza, corre de la verja á Pilar y viceversa. Durante esta escena que debe ser rápida, Alfredo dá señales de su carácter frívolo.)

PILAR. ¡Qué!

ALF. Ya hay corrida, deshice el complot.

PILAR. (Nada me dice.

¡Qué hombre!) Estás muy cambiado, ¿Gritan?

ALF.

PILAR. Decia...

ALF.

Te escucho, pero temo un cataclismo con Lesmes.

PILAR.

ALF.

PILAR.

ALF.

PILAR.

ALF.

No eres el mismo. ¿Crees que he mejorado mucho?

Al contrario... tu inconstancia...

Otra vez... ¿te preocupa?

Es natural.

¿Quién se ocupa de ilusiones de la infancia?

¡Ilusiones!

PILAR.

ALF.

Haces mal en acordarte...

PILAR.

ALG.

PILAR.

ALF.

¡Qué horror!

Sigue el ruido.

¿Y nuestro amor?

¿Y mi posición social?

¿Qué pasión no tiene fin?

olvida que te he querido.

PILAR.

¡Cielos! ¡Todo ha concluido.

ALF. ¡Bravo! ¡ya se armó el motin.

## ESCENA XXII.

TODOS, PUEBLO.

D. Lesmes aparece corriendo, perseguido por una turba de aldeanos que le arrojan piedras. Entran todos en el patio en el momento en que salen los personajes de esta obra, que están en la casa de Cristino.

MONZON. ¿Qué ruido es ese?

CRIST. ¿Qué pasa?

LESMES. Cristino, Alfredo, socorro:  
como el pueblo ha triunfado,  
quiere asesinarme el monstruo.

DIEGO. Pretendía ya otra vez  
que suspendieran los toros.

ALDS. Á él.

OTROS. Al Pisuerga.

MONZON. Atrás:

(Poniéndose delante de Lesmes.)  
yo le defiendo.

ALD. Nosotros...

MONZON. Salid y tened en cuenta  
que si sé prestar apoyo  
al pobre, sé corregir  
sin vacilar los trastornos.

(Los Aldeanos se descubren y se retiran con silencio.)

ALDS. ¡Señor!...

MONZON. Salid.

LESMES. ¡Miserables!

Yo me vengaré de todos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Alm. [illegible]

ESCUZA XVII

[illegible]

Me parece que el contenido de este libro es muy interesante y que merece ser leído por todos los que se interesan en la historia de España.

Moscow (1812) [illegible]

Madrid [illegible]

Excmo. Sr. D. [illegible]

Comandante de [illegible]

que suscribe [illegible]

de [illegible]

Madrid [illegible]

Al [illegible]

Madrid [illegible]

(Comandante de [illegible])

Yo lo he leído [illegible]

Madrid [illegible]

Salud y amor [illegible]

que si se puede [illegible]

al punto de [illegible]

sin perder [illegible]

(Sr. D. [illegible])

Madrid [illegible]

Madrid [illegible]

Yo me voy [illegible]

FIN DEL LIBRO

---

## ACTO SEGUNDO

---

Casa de D. Juan Monzon. Muebles antiguos. Puertas al fondo y dos laterales. Un escudo de armas bastante deteriorado pende de una pared. Un armario á la derecha con los objetos necesarios para poner y servir una mesa. Una mesa y cuatro sillas. Al levantar el telon Margarita saca un pan del armario y se lo dá á Quirico.

### ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, QUIRICO.

- QUIR. Vaya, señora, mil gracias,  
mas no acepto la fineza.
- MARG. ¡Y que lo supiera el amo!  
Tema...
- QUIR. Para que no crea  
que le desairo... (Toma el pan.)
- MARG. Es un pan  
candeal que quita penas;  
como que el señor me dijo:  
amasa media fanega  
para que los pobres coman.
- QUIR. ¡Oh! ¡tiene un alma mas buena!...
- MARG. Y añadió, que no se olvide  
á Quirico; su cosecha  
ha sido mala...

QUIR. (Con acento dolorido.) ¡Y tan mala!  
Como que ya no me queda  
mas remedio que arrojarme  
dentro de poco al Pisuerga.

MARG.

QUIR.

¡Y tus hijos!

¡Ah! ¡mis hijos!!

(Dando señales de extravío mental.)

Olvidaba... mi cabeza...

¡já... já!...

MARG.

QUIR.

Esa risa... (Asustada.)

Me rio

porque la hora se acerca...

Quiero á Monzon, mas al otro...

¡oh! al otro... hasta la vuelta.

## ESCENA II.

MARGARITA, ALFREDO.

MARG.

Segura estoy de don Lesmes  
con este perro de presa.

¡Hola, Alfredito!

(Alfredo sale con señales de mal humor.)

ALF.

No gusto

que me traten con franqueza.

MARG.

¿Olvida usted que su madre,  
que Dios en la gloria tenga,  
me dijo...

ALF.

Bien, ya recuerdo...

pero ponga usted la mesa.

MARG.

¿Para comer ya?

ALF.

Pues qué,

¿en mi casa no se almuerza?

MARG.

Su padre toma un pedazo  
de pan...

ALF.

¿Pan seco? ¿Qué aldeas!

MARG.

No es eso precisamente...

ALF.

(Con tristeza.)

Basta. (Cristino me inquieta.

(Alfredo se pasea agitado.)

Pero ¿qué digo? ¡Un palurdo

destruiria mis bellas

ilusiones!... ¡Oh! jamás.

Ademas, él tiene haciendas  
y no le hace falta alguna  
una dote tan soberbia.)

MARG. ¿Sabe usted algo? (Con misterio.)

ALF. ¿De qué?

MARG. De la... (Cortada.)

ALF. Ponga usted la mesa.

MARG. Bien.

ALF. (Voy á escribir á Elvira  
una epístola violenta,  
decisiva.—Guerra á muerte  
ó dulce correspondencia.)

### ESCENA III.

MARGARITA, despues D. SISEBUTO.

MARG. Solo aprenden en la córte  
á reñirnos y á rabiár.

¡Vaya un modo de tratar  
á una mujer de mi porte!

SISEB. Señora...  
(Entra con un memorial debajo del brazo.)

MARG. ¡El loco!

SISEB. ¿Don Juan

Monzon?

MARG. Le estoy esperando. (De mal humor.)

SISEB. ¿Y su hijo?

MARG. Paseando.

SISEB. Con que es decir...

MARG. Que no estan.

SISEB. Pues esto pica en historia. (Se sienta.)

MARG. ¡En historia!

SISEB. Mucho siento.

que no encuentren un momento

para escuchar mi memoria.

MARG. (Su memoria... ¡qué ilusion!)

(Señalando la frente con el dedo.)

Creo que trabaja en vano.

SISEB. ¡Cómo! ¡y el género humano!

MARG. ¡Anda!

SISEB. ¡Y la aclimatacion!

Escuche usted y verá  
si este asunto tiene peso.

(Disponiéndose á leer.)

MARG. ¡Vaya! ¿y de qué trata eso?

SISEB. De quina.

MARG. Quite usted allá:

buena estoy yo para quina.

SISEB. Pero, mujer imprudente...

MARG. Déjeme usted en paz.

SISEB. Corriente:

volveré con mi sobrina.

(Se coloca la memoria debajo del brazo y sale furioso por el fondo.)

#### ESCENA IV.

MARGARITA, PILAR, una CRIADA, que trae una canastilla con provisiones.

MARG. ¡Hombre mas raro! No para  
con sus papeles. Pilar...

¡qué fortuna!

PILAR. ¿Puedo entrar?

(Á media voz, desde la puerta del fondo.)

MARG. Sola estoy... mas ¿quién repara?  
otro regalo!

(La criada entrega la cestilla á Margarita, y se marcha.)

PILAR. Confío  
en que no hablarás tampoco,  
mi tío se cuida poco  
y yo velo por mi tío.

MARG. ¡Pobre señor!... me dá miedo  
pensar... todo aqui revela  
que su hijo no le consuela,  
porque es muy mal hijo Alfredo.  
Lo que le pasa no sé:  
mas nos habla con un tono  
tan duro... En fin, le perdono  
por lo que la quiere á usted.

PILAR. ¡Á mi, Margarita! no,  
no me ama ya.

MARG. ¿Pues qué ha dicho?

PILAR. Que todo ha sido un capricho,  
capricho que concluyó.

MARG. ¡Jesus mil veces, qué infiel!  
¡Cuando usted es un tesoro!  
¿Y á quién prefiere?

PILAR. Lo ignoro,  
pues ya no me ocupo de él.

MARG. ¡Es imposible!

PILAR. Si tal.

MARG. Yo haré que Alfredo padezca  
por usted, ó que aborrezca  
sin tardanza á su rival.

PILAR. Ne te ocupes...

MARG. Ya veremos  
quién puede mas de los dos.  
Déjeme usted á mí.

PILAR. Por Dios,  
ten discrecion.

MARG. La tendremos.  
Para estas cosas nació.

PILAR. Si te empeñas... mas mi tío  
debe volver ya... Confío  
desde este momento en tí. (Se vá.)

## ESCENA V.

MARGARITA, despues MONZON.

MARG. ¡Qué mundo! Ella se desvive  
por su tío, no perdona  
ocasion de festejarle,  
y Alfredo en pago la odia.

En fin, pongamos la mesa  
para que ese ingrato coma.

(Saca del armario lo preciso para poner la mesa. Canta mientras pone la mesa.)

«¡Ay de la pobre,  
que crea en las palabras  
que dan los hombres!»

MONZON. (Entra por el fondo.)  
Ya sabe usted que esos cantos

- matutinos me incomodan.
- MARG. (Canta.)  
Que crea en las palabras  
que dan los hombres.
- MONZON. ¿Quién trajo esas provisiones?  
(Reparando en la cestilla que ha quedado sobre una silla.)
- MARG. (¡Ah! pues. ¿Qué digo yo ahora?)  
Son de casa... y además... (Turbada.)  
no es casi nada... una torta,  
frutas...
- MONZON. ¿Mas quién trajo esto?
- MARG. Ya vé usted, estas son cosas  
naturales... usted gasta  
su haber en hacer limosnas,  
y...
- MONZON. La consecuencia es clara,  
á mí me pagan con otra.
- MARG. ¡Con otra!... ¡Qué disparate!...  
Entre familia ¡qué importa  
regalillo mas ó menos!  
Sus sobrinos de usted gozan,  
con que disfrute...
- MONZON. ¿Son ellos?
- MARG. Ellos son, y como ahora  
está el señorito en casa...  
y á la verdad no nos sobran  
provisiones...
- MONZON. ¡Y usted cuenta!
- MARG. ¿Yo? Ni que estuviera loca.
- MONZON. Á mi edad, sépalo usted,  
lo único que incomoda,  
es inspirar uno lástima  
tan necia como infructuosa.  
Me basta un poco de pan  
para ser feliz.
- MARG. Á solas  
pensará usted de otro modo;  
porque las penas le ahogan,  
le ahogan, señor.
- MONZON. Silencio.
- MARG. Jamás he sido curiosa,

pero observo que los hijos  
son los primeros que roban  
á sus padres.

MONZON. ¡Margarita!

MARG. Si viviera la señora,  
que en gloria esté...

MONZON. Aprobaria  
mi conducta.

MARG. Se equivoca,  
porque hay disparates...

MONZON. Basta.

MARG. Está bien, ruede la bola.

¡Ay de la pobre,  
(Poniendo sillas alrededor de la mesa.)  
que se fia en palabras  
que dan los hombres.

## ESCENA VI.

DICHOS, ALFREDO.

ALF. De vuelta ya, lo celebro,  
el apetito me acosa  
hace tiempo.

MONZON. Yo no almuerzo.

ALF. ¿Quiere usted evitar la gota?  
(Ap. á Margarita.)

Entregue usted esta carta  
á doña Elvira: me importa  
la reserva.

MARG. Está muy bien.  
(Se la entregará á la otra.)

MONZON. (Se la guarda en un bolsillo.)  
Quisiera hablarte de asuntos  
importantes.

ALF. Nada estorba  
que hablemos cuanto le plazca.  
Yo almuerzo, usted se coloca  
tranquilamente á mi lado,  
y me acompaña y perora.

MONZON. Tal vez venga una visita.

ALF. Las visitas me incomodan.

ESCENA VII.

DICHOS, D. LESMES.

LESMES. Don Juan, don Alfredo... tengo  
el honor...

MONZON. (Lesmes.)

ALF. (Qué cócora.)

LESMES. Siento venir á estorbar.

MONZON. No señor.

MARG. (Él siempre estorba.)

ALF. ¿Se pasó el susto?

LESMES. (¡Bribon!)

Su proteccion generosa  
me salvó de los garrotes  
de aquella turba de idiotas.

MARG. (¡Qué lástima!)

LESMES. No se aparta  
un punto de mi memoria  
el servicio.

ALF. ¡Ya lo creo!

MONZON. En los pueblos se alborotan  
por tan poco...

LESMES. ¡Y en Madrid!  
me ha dicho una vendedora  
de agujas... que habia *algo*.

ALF. ¿Algo?

MONZON. Disturbios...

LESMES. ¡Qué importa!

MONZON. Pero...

ALF. No crean ustedes...

MARG. Yo sé que es una habladora  
la tal tendera.

MONZON. ¡Es verdad!

LESMES. Pues tratemos de otra cosa.  
Accediendo á sus deseos  
de siempre, y aunque no corra  
prisa, vengo á liquidar...

(Sacando algunos papeles de uno de sus bolsillos.)

ALF. ¿El qué? (Con sorpresa.)

MONZON. Salga usted, señora.

MARG. ¡Qué cosas van á salir!  
(Oigamos, porque me importa.)  
(Cierra la puerta del fondo y despues entra de puntillas por la puerta lateral de la derecha.)

### ESCENA VIII.

ALFREDO, MONZON, LESMES.

Monzon saca tambien algunos papeles del armario, que examina cuando lo indica el diálogo, tanto que Lesmes los confronta con los suyos. Alfredo almuerza.

ALF. ¿Con que de liquidaciones se trata?

LESMES. ¿Alfredito ignora?...

MONZON. Su mision allá en la córte era seguir sin zozobra los cursos de una carrera tan difícil como honrosa, y á mi me correspondia buscarle fondos.

LESMES. Á costa de sacrificios...

MONZON. No hablemos...

ALF. ¿Y nuestra hacienda?

LESMES. Fué corta para subsanar los gastos de una carrera costosa.

ALF. ¿Y á cuánto asciende la deuda?

LESMES. Si usted á mal no lo toma, antes de sumar...

MONZON. Iremos por partidas.

ALF. Nada importan los detalles.

LESMES. Sin embargo, bueno será que nos oiga.

MONZON. Al hacerte bachiller, segun veo en esta nota, pedí once mil reales.

LESMES. Precisamente: aquí consta.

MONZON. Al diez y seis.

- LESMES. Hipoteca...
- MONZON. Todas nuestras viñas.
- ALF. ¡Todas!  
Mas valian.
- LESMES. Hace un año  
que el *oidium* las devora.
- MONZON. En el segundo de leyes...
- ALF. Si, tuve que hacerme ropa:  
empezaba á figurar.
- LESMES. Pues, amigo, aquellas pompas  
costaron catorce mil.
- MONZON. En el quinto año...
- ALF. ¡Otra  
partida!
- LESMES. Once.
- MONZON. Al catorce.
- ALF. Esos préstamos me asombran,  
porque yo nunca he gastado  
mas que lo justo.
- LESMES. ¿Y las bromas?
- MONZON. ¡Oh! no: las carreras tienen  
exigencias imperiosas:  
al menos segun decias;  
y eran tales tus congostas,  
que por socorrerte hubiera  
pedido...
- LESMES. Tal vez limosna.
- ALF. Yo sé que mis condiscipulos  
iban todos á la moda;  
frecuentaban los cafés  
y los teatros.
- LESMES. Es cosa  
terrible.
- MONZON. Pero los padres  
que un porvenir ambicionan  
para sus hijos, no pueden  
cambiar la faz de las cosas.
- LESMES. Es verdad.
- MONZON. Otra partida:  
cuando tomaste la borla  
de doctor, diez mil reales.
- LESMES. ¡Bah! y ¿quién no se doctora!

- por tan poco?
- ALF. Es evidente.  
(Este pícaro se goza en mi pena.)
- MONZON. Los tres años que has invertido á mi costa en create relaciones...
- LESMES. Mucho esta partida monta; cuarenta mil.
- ALF. ¿Y las rentas de nuestros bienes?
- MONZON. ¿No notas que las absorbía el rédito de nuestra deuda?
- ALF. ¿Y ahora cuál es la suma?
- LESMES. ¿La suma? Ochenta y seis mil.
- ALF. No es corta.
- LESMES. No se ha amortizado nada...
- MONZON. Yo proyectaba reformas, trabajaba; mas no pude cambiar mi suerte enojosa.
- LESMES. Preciso, el que tiene deudas cuando no vende se ahoga. Se lo he dicho á usted mil veces.
- MONZON. ¡Vender!... Esa idea sola... Aquí nacieron mis padres.
- LESMES. Es indudable, sonroja que otro dueño... mas ¿qué hacer? la ocasion es perentoria, y yo me encargo de todo si me dá poder en forma.
- MONZON. Ya oyes...
- ALF. Si no hay remedio...
- LESMES. Yo no puedo darles próroga.
- ALF. ¿Y hecho el pago, qué nos queda?
- LESMES. Una casuca ruinosa y una tierra que dará... si se la cuida y mejora, cinco reales diarios.
- MONZON. ¡Con ella viví hasta ahora!

ALF. ¡Dios mio!  
LESMES. ¡Con eso solo!  
ALF. ¡Cinco reales!  
MONZON. ¡Qué importa  
la suma, si soy feliz?  
LESMES. ¡Alma noble y generosa!  
Que no se olvide el poder  
hoy mismo, pues sé quién compra.

### ESCENA IX.

MONZON y ALFREDO.

ALF. ¡Tanto sacrificio, tanto!  
escasa fuera la vida  
para indemnizarle...  
MONZON. Olvida  
el extinguido quebranto.  
ALF. ¡Olvidarlo?... Y usted piensa...  
fuera en verdad no estar cuerdo.  
MONZON. Pues bien, con ese recuerdo  
ya me sobra recompensa.  
ALF. ¡Padre!  
MONZON. Mucho han murmurado  
sobre si se hallaba llena  
ó vacía mi alacena  
y sobre mi traje usado.  
Mas cuando esto sucedia  
miraba al punto afanoso  
este retrato precioso  
de tu madre. La pedia  
(Monzon entrega á Alfredo un pequeño medallon de  
oro que lleva al cuello.)  
que me aconsejase á mí;  
y qué quieres, ó fué un sueño  
ó tu madre con empeño  
me mandó velar por tí.  
Y por variados motivos,  
en esta muda reyerta  
venció la voz de la muerta  
la crítica de los vivos.  
ALF. ¡Joya querida!

- MONZON. Atesora  
tal parecido que encanta,  
es la imagen de una santa,  
guárdala bien desde ahora.  
Guárdala, porque de fijo,  
aunque tu pecho taladre,  
no hay tumba para una madre  
como el corazón de un hijo.  
Mas concluya el sentimiento;  
el tiempo rápido avanza  
y yo abrigo la esperanza  
de leer hoy tu nombramiento.
- ALF. Es seguro...
- MONZON. Que te vea  
pronto en un puesto brillante.
- ALF. Usted dejará al instante  
la aldea.
- MONZON. ¡Dejar mi aldea,  
á mi edad!...
- ALF. Yo le aconsejo...
- MONZON. No, no.
- ALF. Seremos felices.
- MONZON. Sin cortarle las raíces  
no se arranca el árbol viejo.
- ALF. Entonces le enviaré  
una pensión... lo que pueda...
- MONZON. Gracias, con lo que me queda  
de mis bienes viviré.
- ALF. ¡Imposible!
- MONZON. Ya estoy hecho...  
y á pesar de mi escasez  
puede ser que alguna vez  
te albergue bajo mi techo.

### ESCENA X.

DICHOS, CRISTINO.

- CRIST. Querido tío, aquí vengo  
con una petición magna.
- MONZON. Pues de antemano concedo:  
¿qué es ello, de qué se trata?

:

CRIST. Pilar y Elvira han dispuesto  
ir al Pisuerga.

ALF. Me encanta  
el proyecto: pescaremos.

CRIST. Precisamente.

MONZON. ¿Y me encargan  
que arregle lo necesario?

CRIST. Y que nos busque una barca

ALF. Si usted se resigna...

MONZON. Á todo  
cuanto queráis, pues ni cansa  
ni puede molestar nunca  
lo que á los hijos agrada.

¡Ah! despues iré al correo  
para ver si tienes carta.

Ya sabes... hoy es el dia (Á Cristino.)  
en que esperamos la gracia.

¡Quién se hubiera figurado  
cuando contigo jugaba  
por los campos que sería  
secretario de embajada!

### ESCENA XI.

CRISTINO, ALFREDO.

ALF. Me hace falta un traje claro,  
elegante y de buen corte.

CRIST. Aqui no estás en la córte,  
y cualquiera...

ALF. ¿Eres avaro?

CRIST. No por cierto.

ALF. El labrador  
prefiere la burda lana,  
no se fija...

CRIST. Esta mañana  
me fijé en tu mal humor.

ALF. ¡En mi mal humor!

CRIST. Créi,  
y aun hubo de sorprenderme,  
que te incomodaba verme  
hablar con Elvira.

- ALF. ¿Á mí?  
extraña suposicion.
- CRIST. ¿Suposicion?
- ALF. ¿Cómo inventas  
tales historias? ¿Intentas  
pedirme satisfaccion?
- CRIST. Ni satisfaccion reclamo  
ni me valgo de mentira.
- ALF. En ese caso...
- CRIST. Amo á Elvira.
- ALF. ¡Pobre Cristino!
- CRIST. La amo  
con pasion.
- ALF. Enfermedad  
que te matará de fijo.
- CRIST. Pudiera ser, mas exijo  
que me digas la verdad.
- ALF. ¡La verdad!
- CRIST. Esta rudeza  
no indica encono punible,  
es un rasgo incorregible  
de mi campestre franqueza.  
Tienes el mismo derecho  
á su amor.
- ALF. Es evidente.
- CRIST. Pero si ha sido imprudente  
este paso, si el despecho  
inútil temor me inspira,  
para acrecentar mi gozo  
dime, Alfredo, sin rebozo  
que nunca has amado á Elvira
- ALF. ¡Pero es posible que quepa  
en tí tanto sentimiento!  
Creí...
- CRIST. Contesta al momento.
- ALF. (Conviene que nada sepa.)  
Pues me juzgaste muy mal.  
¡Casarme de cualquier modo!  
(Con fatuidad.)
- CRIST. Elvira es digna...
- ALF. Soy todo  
de mi posicion social,

y no puedo enajenarme  
asi como asi.

CRIST. ¡Que es mucho!

ALF. Hoy un hombre vale mucho.

CRIST. (Hice mal en asustarme.)

ALF. No digo que fuera en vano  
el amor de Elvira; pero...  
haria falta primero  
que me ofreciese su mano.

CRIST. ¡Ella!

ALF. Ella. Este lenguaje  
te asombra, pero me fundo  
en que esto pasa en el mundo:  
voy á ponerme otro traje.

## ESCENA XII.

CRISTINO, solo.

¡Y Pilar pensó en un hombre  
tan orgulloso y tan vano;  
y mi buen tio por él  
trabajó aqui sin descanso!  
Pobre tio y pobre hermana,  
rudo ha sido el desengaño.  
Yo solo puedo entregarme  
á la dicha,—rico, amado  
independiente; qué pena  
puede oponerse á mi paso.

## ESCENA XIII.

MARGARITA, CRISTINO.

MARG. Ya no hay nada que me impida...

¡Ay, señorito del alma,  
qué hijos!

CRIST. ¿Pues qué sucede?

MARG. Harto me lo figuraba  
al verle entrar y salir  
y volver...

CRIST. ¿Pero qué pasa?

- MARG. Que como usted no lo impida  
nos van á vender la casa.  
Todo está empeñado.
- CRIST. ¡Todo!
- MARG. Como que empieza mañana  
la venta.
- CRIST. ¿Por quién?
- MARG. Por Lesmes.
- CRIST. ¡Será posible!
- MARG. Prestaba  
al amo...
- CRIST. Y mi pobre tio...
- MARG. Hacia añicos la casa  
por mantener como un príncipe  
á su hijo. ¡Buena mauala!  
¡Ay! ¡qué carreras, qué padre,  
y qué prole tan ingrata!  
No crea usted, señorito,  
que vierto por mí estas lágrimas,  
sino por el amo: el pobre  
aparenta tener calma;  
pero no soportará  
mucho tiempo esta desgracia.
- CRIST. Y yo, imbécil, sin prever...  
Pero no... tal vez te engaña  
el buen deseo; mi tio  
no me ha dicho una palabra.
- MARG. Ni la dirá... ni tampoco,  
si usted no arregla con maña  
este desgraciado asunto,  
aceptará nada.
- CRIST. Nada,  
ya lo sé.
- MARG. ¡Buen genio tiene,  
para tomar una blanca!  
primero le hallarán muerto  
por esos campos.
- CRIST. ¡Oh! calla.

ESCENA XIV.

DICHOS, QUIRICO.

- QUIR. Margarita, señorito,  
me alegro encontrar á ustedes.  
Quería, ya no sé... tengo  
la cabeza tan endeble;  
pero, si... son cosas... cosas  
que dicen por ahí las gentes.
- MARG. ¿Qué dicen?
- QUIR. Puede que sean  
habladurías, y puede...
- CRIST. ¿Qué es ello?
- QUIR. Que estaba yo  
tomando el sol junto al puente  
cuando llegan el tío Catre,  
Anton, Narices de fuele  
y otros, y dicen...
- CRIST. Acaba...
- QUIR. ¿No sabes lo que sucede?—  
¿Pues qué pasa? dije yo  
con segunda,—que le venden  
á don Juan Monzon las tierras,  
segun ha contado Lesmes  
en la plaza al escribano.  
¿Por qué causa?—Porque tiene  
muchas deudas.
- MARG. ¿Oye usted?
- QUIR. Entonces salté yo;—miente  
ese bribon.
- MARG. Muy bien dicho:  
ese infame.
- QUIR. Mas la plebe  
del lugar se quedó hablando,  
y uno decia: pues debe;  
y otro: pues no debe, en fin,  
todo lo que es consiguiente.  
(¡Dios mio!)
- CRIST. Si lo supiera
- MARG. el amo...

QUIR. Porque no fuese  
otro á contarle, he venido...

CRIST. Y has hecho bien. Pues si Lesmes  
se ha expresado de este modo  
ha sido asaz imprudente!  
Puedes decir que las tierras  
de mi tio no se venden,  
pues si tiene deudas cuenta  
con mi aprecio y con mis bienes.

QUIR. Está bien.

CRIST. ¡Que te lo ha dicho  
el señorito!

QUIR. Corriente;  
y si me encuentro á ese avaro,  
si le encuentro frente á frente...  
Pero no, esperemos—calma.  
¡Ay! ¡pobre Lesmes, que tiemble!

### ESCENA XV.

MARGARITA, CRISTINO.

MARG. ¡Ve usted lo que son lugares  
y lo que es Lesmes!

CRIST. Ya veo  
que es necesario evitar  
la venta.

MARG. Solo hay un medio...

CRIST. Harto lo sé, Margarita,  
y aunque á mi pesar comprendo  
que su aplicacion destruye  
en gran parte mis proyectos,  
no vacilaré un instante  
en socorrer á mis deudos.  
Voy á tomar mis medidas...

MARG. ¡Ay, qué corazon!

CRIST. Silencio;  
pues ante todo es preciso  
que guarde usted el secreto.

MARG. Bien, bien. (Llevemos la carta.)  
Que le recompense el cielo.  
(Sale por el fondo en el momento en que entran

D. Sisibuto y Elvira.)

ESCENA XVI.

CRISTINO, D. SISEBUTO, ELVIRA.

SISEB. ¿Está todo preparado?

ELVIRA. ¿Hay barcas?

CRIST. Mi tío espera  
encontrar una.

SISEB. Dios quiera  
que yo no sea el pescado,  
pues nací tan infeliz,  
que en todas las pescas, suelo  
encontrar algun anzuelo  
que se enganche en mi nariz.

ELVIRA. No tema usted.

SISEB. No he temido  
nada nunca y menos hoy,  
en que tan contento estoy.  
Alfredo me ha prometido  
que hablará de mi persona  
al ministro, le dirá  
que mi *quinal* llevará  
el nombre de la Chinchona.

ELVIRA. ¡Qué ridiculez!

SISEB. Sobrina,  
lo hago en conmemoración;  
la vireina de Chinchon  
fue quien nos trajo la quina;  
y yo no puedo olvidarme...  
pero vámonos al río...

CRIST. Imposible, amigo mío.

ELVIRA. ¿Cómo?

CRIST. Tengo que quedarme.

ELVIRA. Pronto irá...

CRIST. De ningún modo;  
un negocio inesperado,  
trascendental, lo ha cambiado  
todo para mí.

SISEB. ¿Qué?

ELVIRA. ¡Todo!

- ¿Emplea usted ese ardid para quedarse en la playa?
- CRIST. Ya es imposible que vaya con ustedes á Madrid.
- ELVIRA. Extraño en su rectitud ese cambio.
- SISEB. ¿Qué sucede?
- CRIST. No puedo ahora...
- ELVIRA. ¿No puede sacarnos de esta inquietud? Por Dios, tenga usted franqueza. ¿No soy su mejor amiga?
- CRIST. Si; pero á callar me obliga...
- ELVIRA. ¿El qué!
- CRIST. Mi delicadeza. Un día verá tal vez que las circunstancias fueron las que hoy á prueba pusieron mi silencio y mi honradez.
- ELVIRA. (Con acento suplicante.) Pero una palabra...
- CRIST. Una, fuera explicar en conjunto este desgraciado asunto.
- SISEB. Pues no diga usted ninguna.

### ESCENA XVII.

- DICHOS y ALFREDO. Sale de su cuarto.
- CRIST. Mi tío, Alfredo, Pilar los distraerán.
- ELVIRA. ¡Ingrato!
- SISEB. Me está usted dando un mal rato.
- ELVIRA. No me podré consolar.
- ALF. (¿Qué es esto?)
- CRIST. (Acercándose con ternura.) ¡Elvira!...
- ELVIRA. (Con ironía.) No olvide sus negocios. (¿Quién creyera!)
- ALF. (Triunfó.)
- CRIST. (Si ella supiera

que es Alfredo quien impide...)

ALF. ¿Y te vas?

CRIST. Es necesario.

ALF. Pues eres muy poco ducho.

primero. (Á media voz y riendo)

CRIST. (Conteniéndose.) Diviértete mucho.

(Busquemos al secretario.) (Váse.)

### ESCENA XVIII.

SISEBUTO, ALFREDO, ELVIRA.

ELVIRA. ¿Qué es lo que tiene?

SISEB. ¿Usted sabe?

qué ha pasado?

ALF. Nada ha dicho.

SISEB. Será un capricho.

ALF. Un capricho.

ELVIRA. Lo que sucede es mas grave.

ALF. Cristino es casi mi hermano.

ELVIRA. Y el mio.

ALF. Es amigo fiel,

excelente, pero en él

se vé siempre al aldeano.

SISEB. Precisamente.

ELVIRA. Jamás

noté tal cosa.

SISEB. ¡Me admira!

ALF. Los aldeanos, Elvira,

no son como los demas.

SISEB. Su primo es poco galante.

ALF. En cambio es avaro.

ELVIRA. ¡Avaro!

ALF. Si calculó que era caro

el viaje, ya fué bastante

para desistir.

ELVIRA. ¡Qué idea!

ALF. Crea usted...

ELVIRA. De ningun modo.

SISEB. Aqui se calcula todo.

ALF. ¡Todo!... pues si es una aldea,

es decir, el egoismo

- vegetando en su elemento,  
la expresion y el sentimiento  
del sucio materialismo.  
Amores que el alma encierra,  
la virtud, la inspiracion,  
¿qué valen aqui, que son  
comparados á una tierra?  
(¡Dios mio!)  
No les acosa  
mas que el interés mezquino.  
¿Y qué esperar de Cristino,  
si nunca aprendió otra cosa?  
Es evidente.  
(¡Yo muero!)  
Tal vez se haya presentado  
una finca...  
Y la ha comprado.  
Lo primero, es lo primero.  
Está en su derecho.  
Si;  
pero se porta muy mal,  
sobrina.  
Era natural  
que esto concluyera asi.  
En todo caso, ¿por qué  
vacilar, atormentarse,  
cuando usted puede informarse?  
Yo...  
Se lo ruego...  
Veré...  
á súplica tan galante  
no hay fuerza que se resista.  
(Hoy consumo mi conquista.)  
Voy á buscarle al instante.  
**ESCENA XIX.**  
D. SISEBUTO, ELVIRA.  
En mal hora abandonamos  
la córte, segun el giro  
que nuestras soñadas dichas

- van tomando en estos sitios.
- SISEB. En mal hora: sin embargo, la nacion tendrá un plantio nuevo hasta ahora.
- ELVIRA. ¿Y quién piensa en eso, cuando hay motivo para morir?
- SISEB. Una cosa es el amor, y otra el quino.
- ELVIRA. ¿No se compadece usted siquiera de mi suplicio?
- SISEB. ¡Y quién te mandó ocuparte de un hombre como Cristino!
- ELVIRA. No le juzgue usted tan mal.
- SISEB. En el fondo es un buen chico.
- ELVIRA. ¡Excelente!
- SISEB. Tambien sé que nunca ha dado motivo de queja, ¿mas no prefieres la soltura de su primo, su aplomo?...
- ELVIRA. No hablemos de eso.
- SISEB. Un abogado que ha oido mi memoria, con la cual podria hacerse ya un libro en cuarto mayor. —Un jóven que ofrece hablar al ministro por mí.
- ELVIRA. Pero...
- SISEB. ¡Un escritor de talento conocido, que publicará la lista de mis muchos sacrificios!
- ELVIRA. ¡Y usted ha podido creer que cambiaré de designio por un arbusto execrable!
- SISEB. ¡Sobrina!
- ELVIRA. Por un plantio inverosímil.
- SISEB. ¡Qué dices!
- ELVIRA. Por un proyecto ridiculo.
- SISEB. No me asesines.

ELVIRA. ¡Perdon; perdon!... ¡no sé lo que digo, porque sufro de tal modo!

SISEB. Bien, bien, eso ya es distinto.

### ESCENA XX.

DICHOS, MARGARITA.

MARG. Don Sisebuto, un criado de don Lesmes ha venido á buscarle.

SISEB. ¿Qué querrá ese criado?

MARG. Le ha dicho su amo que corre prisa, pues ya encontró...

SISEB. ¡Lo que ansio! ¡Lo que sueño!... tierras... corro... tierras...

ELVIRA. Espere usted, tio.

SISEB. Vuelvo al momento... ¡Oh, ventura!

MARG. Nada, se le ha vuelto el juicio.

### ESCENA XXI.

MARGARITA, ELVIRA.

Margarita fingiendo que arregla los muebles observa á Elvira, que está profundamente preocupada.

ELVIRA. ¡Se vá!...

MARG. Deje usted que parta, que no faltará á la pesca.

ELVIRA. (¡Qué tormento!)

MARG. (Ya está fresca si de Alfredo espera carta.)

ELVIRA. (¿Pero por qué no me explica lo que pasa?)

MARG. (Está en un petro.)

ELVIRA. (Nada comprendo.)

MARG. (Y el otro)

- la quiere porque es mas rica;  
pues, no señor.)
- ELVIRA. (¿Será asunto  
de familia y no querrá  
decirme?...)
- MARG. (Pena me dá.)
- ELVIRA. (¡Ah! tal vez sobre este punto  
pueda esta mujer...)
- MARG. (Dios mio,  
qué ojos me echal)
- ELVIRA. ¿Usted vió  
(Acercándose con viveza á Margaritá.)  
á don Cristino?
- MARG. Si.
- ELVIRA. ¿Habló  
con su tio?
- MARG. Con su tio  
y tambien con mi persona.
- ELVIRA. ¿De negocios?
- MARG. Nada sé.
- ELVIRA. ¿De compras?...  
Dispense usted,  
mas... como no soy fisgona...  
Es singular... no adivino  
entonces...)
- MARG. ¿El qué? yo puedo  
tal vez... ¿se trata de Alfredo?
- ELVIRA. No señora; de Cristino.  
Le he visto preocupado,  
y averiguar me conviene...)
- MARG. ¡Ah! ¡ya!... yo sé lo que tiene.
- ELVIRA. ¿Usted!
- MARG. Pero me ha mandado  
que no diga...)
- ELVIRA. Por favor...)
- MARG. Yo...)
- ELVIRA. Hable usted.
- MARG. (¿Cómo arreglar?  
Le diré...) Quiere comprar  
unas tierras de labor.  
En la falda de las sierras  
están, parece un verjel

todo aquello, y como él  
no piensa mas que en las tierras!

ELVIRA. ¿Está usted segura?  
MARG. Y mucho,  
como que tiene capricho  
por ellas.

ELVIRA. ¿Y se lo ha dicho?  
MARG. Esta mañana.  
ELVIRA. (¡Qué escucho!)  
MARG. Él así su dicha labra.  
ELVIRA. (¡Qué humillacion y qué afrenta!)  
MARG. Ya la-dejo tan contenta  
sin faltar á mi palabra.  
(Se marcha por el fondo.)

## ESCENA XXII.

ELVIRA.

Ya no hay duda. ¡Pobre Elvira!  
¡Por qué soñaste un eden  
si entre los campos tambien  
es la constancia mentira!  
Cuando mi sencillo amor  
há poco le confesaba,  
Cristino solo pensaba  
en sus tierras de labor.  
Ya solo me queda aqui  
el rubor de haber querido  
á quien por mi culpa ha sido  
tan ingrato para mí.  
Pero mi mente no accede,  
duda aun... ¡Ah! tal vez pueda  
saber... un medio me queda:  
veamos lo que sucede.  
(En el momento en que vá á salir entra Cristino.  
Elvira se detiene, cambia su fisonomia y habla con  
la mayor volubilidad é ironia.)

ESCENA XXIII.

ELVIRA, CRISTINO.

CRIST. (¡Ella!)

ELVIRA. (¡Valor!) ¿Vá marchando  
el negocio?

CRIST. Por cuán poco  
dudas de mí.

ELVIRA. No provoco  
una explicacion.

CRIST. A mando  
con tal vehemencia...

ELVIRA. ¿El barbecho?

CRIST. ¡Elvira!

ELVIRA. ¿El monte, la vega?  
¿cuál de ellos su amor te niega,  
ó miras ya satisfecho  
surgir en el horizonte  
de tu ambicion singular  
los productos que han de dar  
barbechos, vegas y monte?

CRIST. ¡Qué! tus sospechas creyeron...

ELVIRA. Nada la atencion me llama:  
venturoso aquel que ama  
la tierra de que le hicieron;  
pues de este modo hace ver  
que no es culpable si yerra,  
que son sus pasiones tierra  
y tierra todo su ser.

CRIST. No te muestres enojada.

ELVIRA. Si estoy contenta.

CRIST. ¡Dios mio,  
qué carácter!

ELVIRA. Si me rio:  
¿no lo ves? Pues ahí es nada,  
una compra: vé de prisa,  
no sea que esten fraguando  
un complot.

CRIST. ¡Estás llorando!

ELVIRA. Estoy llorando de risa.

- CRIST. ¡Oh! no: tu desdicha labra  
mi silencio.
- ELVIRA. ¡Qué quimera!  
Adios.
- CRIST. Escúchame, espera.
- ELVIRA. Imposible.
- CRIST. Una palabra.
- ELVIRA. ¿Qué, no te acuerdas ya?... Una  
fuera explicar en conjunto  
este desgraciado asunto,  
con que no digas ninguna.

#### ESCENA IV.

CRISTINO.

¡Lágrimas que prueban celos,  
celos que anuncian amor,  
por mas que causen pesares  
cuán gratos al alma son!  
¡Pobre Elvira! si supiera  
el sacrificio que voy  
á imponerme... pero pronto  
comprenderá que el honor  
de mi familia es primero  
que un viaje, que una pasión.  
Veamos á Alfredo antes  
de hablar con el acreedor.

#### ESCENA XXV.

CRISTINO, PILAR.

- PILAR. Cristino, vengo á buscarte:  
si supieras... ¡pobre hermano!
- CRIST. ¿Qué tienes? Tiembla tu mano;  
estás pálida...
- PILAR. Ocultarte  
pensaba... pero tal mella  
produjo en mi corazon  
su inesperada traicion,  
que quiero informarte de ella.

Dióme Margarita há poco  
una carta, conocí  
que era de Alfredo y la abrí,  
porque amor fué siempre loco.

CRIST. Y esa carta...

PILAR. Para Elvira  
se escribió...

CRIST. ¡Y osaste, hermana!

PILAR. Toda reflexion es vana  
ante la sospecha. Mira  
y juzga despues. (Le dá una carta.)

CRIST. Me espanta  
abusar...

PILAR. ¿No amas?

CRIST. ¡Qué necia  
duda!

PILAR. Entonces, ¡quién desprecia  
infamia y calumnia tanta!  
(Cristino recoge la carta y despues dice.)

CRIST. ¡Oh! la ama y me decia  
que nunca...

PILAR. Del mismo modo  
se portó conmigo.

CRIST. Todo  
es una atroz villania.

«¿Cómo podrá merecer (Lee.)

»su amor, Elvira adorada,

»un palurdo sin talento,

»sin tacto y sin elegancia,

»que la hablará de sus mulas,

»de su huerta y de sus vacas?

»¿Qué papel hará en la córte

»un esposo de esa facha,

»ni cómo podrá usted nunca

»sufrir con valor las chanzas

de que pronto será objeto

»tan ridícula alianza?

»Olvide usted á Cristino

»y dirija una mirada

»á quien estando á la altura

»de su posición, solo ama

»en ella, el raro conjunto

»de sus hechiceras gracias.  
»Si me otorga la ventura  
»que ambiciona mi esperanza,  
»sea la fiel portadera  
»de una noticia tan grata  
»la sencilla rosa, emblema  
»del amor de nuestra infancia.»  
Por fin apuré el veneno,  
gota á gota sin ahogarme.  
Dios mio, ¿y no he de vengarme!  
¡Oh! si...

## ESCENA XXVI.

DICHOS, ALFREDO.

Al ver entrar á Alfredo Pilar lanza un grito y se coloca delante de su hermano.

PILAR.

¡Él!!

CRIST.

Estoy sereno.

ALF.

Te busco hace media hora  
para saber qué ha pasado

PILAR.

¡Por Dios!

CRIST.

Que me has engañado,  
porque tu pecho atesora  
en vez de nobleza, lazos  
miserables, mala fé,  
cobardia... en fin, no sé  
cómo no te hago pedazos.

ALF.

¿Qué es esto?

PILAR.

¡Cristino!

CRIST.

Aparta,

pues con alma, y frente á frente,  
quiero probar si desmiente  
que es suya esta infame carta.

ALF.

En lid de amor...

CRIST.

Vale mas,

si así lo quiere la suerte,  
dar con un hierro la muerte,  
con la calumnia, jamás.  
Y eso haria, aunque condenas

mi insuficiencia, eso haria  
si no viera que es la mia  
la sangre que está en tus venas.  
¿Por qué altivo se levanta  
tu encono contra mi pecho?  
por qué ese injusto despecho  
que por tu suerte me espanta?  
¿Por qué tu calumnia ondea  
sobre mis dias serenos?  
¿Por ventura valgo menos  
por ser hijo de la aldea?  
¿Habrá aqui nada que acorte  
mi aliento y mi inspiracion,  
cuando tengo un corazon  
que es mas grande que la córte?  
¡Insensato!.. ¡Cuánto agrava  
el mal tu culpable dolo!  
conmigo pierdes el solo  
protector que te quedaba.  
Pues mientras mi noble aliento  
mayores males no impida,  
solo le queda á tu vida  
miseria y remordimiento.  
(Con ironia.)  
Tienes celos y me acosas...  
mas soy amado.  
¡Mentira!

ALF.

CRIST.

### ESCENA XXVII.

DICHOS, MARGARITA. Esta trae un ramillete de rosas que entrega á Alfredo.

MARG. Esto envia doña Elvira  
para usted.

PILAR. ¡Cielos!

CRIST. (Con desesperacion.) ¡Las rosas!

ALF. Triunfé.

PILAR. ¡Se amaban!

CRIST. Ufano

las miras.

ALF. Pagan mi amor.

- CRIST. No es digno un calumniador  
de tenerlas en su mano.  
(Las arroja al suelo.)
- ALF. ¡Tal arrebató!
- CRIST. Esparcidas  
como ves, por mi despecho,  
(Deteniendo con fuerza á Alfredo.)  
no estarán como en tu pecho  
ajadas y envilecidas.  
Y además, no quiero yo  
que en ellas poniendo el labio  
hagas un infame agravio  
á quien loca te las dió.
- ALF. ¡Oh, márchate!
- CRIST. Saldré, si...
- MARG. No. (Aterrada.)
- CRIST. Has querido perderte,  
vine mi apoyo á ofrecerte,  
y tú me arrojas de aquí.
- MARG. ¡No se marche usted!  
(Cristino y Pilar se dirigen á la puerta del fondo. En  
este momento entra Monzon corriendo con una carta  
en la mano.)

### ESCENA XXVIII.

DICHOS, MONZON, despues D. SISEBUTO, LESMES, ELVIRA.

- MONZON. En fin,  
hubo carta en el correo.  
¿Dónde vais? Pilar, Cristino...  
¿Qué teneis?... Lee pronto, Alfredo.  
Lee pronto, por el volúmen  
debe ser tu nombramiento.  
¿Pero no ois? Acercaos.  
(Alfredo abre maquinalmente el pliego, Margarita  
que se enjuga las lágrimas, está al lado de Cristino,  
que contempla esta escena dando señales de la vio-  
lenta lucha que le agita.)
- ELVIRA. ¡Oh! ¡mis flores en el suelo!
- LESMES. (Á media voz á Sisebuto.)  
Carta de Madrid, veamos.

- SISEB. (Preocupado.)  
No repararé en el precio.
- ALF. Me escribe un amigo, antiguo  
oficial del ministerio.  
(Todos rodean á Alfredo.)  
(Leyendo.) «Querido Alfredo: Los ministros  
»acaban de ser reemplazados por un nuevo  
»gabinete. Lo forman nuestros mas encar-  
»nizados enemigos, razon por la cual, la ma-  
»yor parte de los empleados de hoy van á  
»ser destituidos. Se habla de algunas prisio-  
»nes de periodistas. Dichoso usted, amigo  
»mio, que no necesita destinos, y que pue-  
»de vivir tranquilamente en un pueblo con  
»el producto de sus tierras. No salga usted  
»de su provincia, y espere en ella á que cai-  
»gan los nuevos corifeos.» (Momento de silen-  
cio.)
- MONZON. Insensato, ya desea (Con amargura.)  
que quiten este gobierno,  
y hace apenas doce horas  
que está ocupando su puesto!  
¡Para qué! para que otro  
le dé al subir un empleo,  
que le quitará mañana  
sin causa otro ministerio.  
Y yo sobre esto formaba  
quimeras desde mi pueblo,  
y tú... y vosotros... y todos  
os burlabais de mi sueño  
sin decirme, no confies,  
no confies, pobre viejo,  
porque no hay de positivo  
mas que tu ardiente deseo.
- LESMES. ¡Si era natural! (Con alegría.)
- SISEB. ¿Acaso  
se dan asi los empleos?
- ALF. Estoy seguro que pronto  
se colocarán los nuestros.
- MONZON. Para entonces, hijo mio,  
para entonces, habré muerto.
- MARG. ¿No le oye usted?

- (Sollozando á Cristino á media voz.)  
PILAR. Mi buen tío,  
todos le consolaremos.  
(Asiendo afectuosamente la mano de Monzon.)  
CRIST. (Entre el odio y el honor  
el honor es lo primero.  
(Se dirige con viveza á Lesmes y le dice.)  
Yo pago todas la deudas  
de mi tío.  
LESMES. ¡Usted!! (Con asombro.)  
CRIST. Silencio.  
(Indicando á Monzon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



## ACTO TERCERO.

Casa de don Lesmes. Habitación amueblada con pobreza y desaliño. En el fondo una gran reja por la cual se vé el campo. Dos puertas laterales: una á la izquierda que comunica con las afueras de la Adea, y otra á la derecha que dá á la calle. Al lado de la primera, habrá un armario de pino, y en primer término una mesa. Al levantarse el telon, Lesmes aparece clavando un pedazo de tabla en la puerta de la izquierda.

### ESCENA PRIMERA.

LESMES, despues FRANCISCO.

LESMES. Toda precaucion es poca  
contra un ataque imprevisto.  
Aseguremos la puerta  
que dá al campo. Otro clavito.  
Á ver la reja... La reja  
no ofrece ningun peligro.

(Dando algunos golpes con el martillo en la reja.)

FRANC. ¿Señor?

LESMES. ¿Vienes de las eras?

FRANC. Ya hemos hacinado el trigo.

LESMES. ¡Hola!

FRANC. Aquello quita penas.

LESMES. ¿Conque habrá mucho?

FRANC. Imagino

- que no bastará el granero.
- LESMES. Haremos otro, Francisco;  
no te apures.
- FRANC. Ya lo creo,  
señor; si es usted mas rico!..
- LESMES. Calla... nos pueden oír...  
(Con temor y mirando á un lado y á otro.)
- FRANC. ¿Qué importa?
- LESMES. Calla, te digo.
- FRANC. Bien. ¡Echo un pienso al caballo?
- LESMES. ¡Pienso cuando los vecinos  
tienen bardenes cubiertos  
de yerba! Solo el domingo  
debe probar la cebada.
- FRANC. Pero...
- LESMES. Asi andará mas listo.
- FRANC. (¡Pobre jaco!)
- LESMES. Vé al momento  
á casa de don Cristino  
y di á su hermana que venga.  
Ha tiempo que me ha pedido  
unos pensamientos dobles  
que tengo en mi huertecillo,  
y quiero que escoja aquellos  
que le parezcan mas lindos. (Váse Francisco.)  
Mi objeto es hacerle ver  
que no hay bastante motivo  
para que su hermano pague  
los créditos de su tío.

## ESCENA II.

LESMES, D. SISEBUTO, ELVIRA.

- SISEB. No he podido descansar  
pensando en su ofrecimiento...  
en las tierras... ¡Oh contento!  
Por fin me voy á afincar.
- LESMES. Habrá sus dificultades  
para ello.
- SISEB. No adivino...
- LESMES. Que quiere comprar Cristino

- tambien esas heredades.
- ELVIRA. ¡Ah! son esas... no sabia...
- SISEB. Yo tampoco.
- LESMES. (¿Habrá ocultado  
por decoro...)
- SISEB. Es reservado  
por lo visto...
- LESMES. Desconfia  
de ustedes.
- SISEB. Ahí está el quid:  
nos miraba con un ceño...  
á los dos... (Á Elvira.)
- ELVIRA. ¿Dónde está el dueño  
que vende?
- LESMES. En Valladolid.  
(Ganemos tiempo.)
- ELVIRA. ¿No ha dicho  
qué causa á comprar le obliga?
- LESMES. Yo la sé sin que él lo diga:  
satisfacer un capricho  
de aldeano.
- SISEB. Por supuesto;  
mas se empeña en hacer ver  
que si compra es por deber...
- LESMES. Bueno es hallar un pretexto.
- ELVIRA. (No descubro nada... nada;  
siempre sombra.)
- SISEB. ¿Y qué partido  
tomar?
- LESMES. Yo estoy decidido  
por usted.
- SISEB. ¡Alma elevada!
- LESMES. ¿Qué hombre de peso abandona  
á un sabio?
- SISEB. Su proceder  
hará pronto florecer  
mi hacienda de la *Chinchona*;  
y ese servicio eminente  
luego el pueblo pagará.
- LESMES. Dudo...
- SISEB. Su estatua pondrá  
en donde hoy está la fuente.

En cuanto á mí, por las luces naturales que atesoro, me darán oro, mucho oro, y me cubrirán de cruces.

ELVIRA. Pues aunque tengo razones para quejarme, intercedo por Cristino.

SISEB. Yo no puedo soportar á los Monzones.

LESMES. ¡Qué primos! El uno ingrato y el otro loco y perdido.

SISEB. ¡Afilarse en un partido que iba á caer! ¡Insensato!

ELVIRA. Pero ¿qué culpa?...

SISEB. ¡Engañarme con su proteccion á mí,

que afectuoso le leí mis memorias sin cansarme!...

¿Pues y los otros?... ¡qué porte, qué ingratitud! Ofrecimos

la casa á Pilar. Vinimos, y ya no van á la córte.

Todo ha sido una impostura.

ELVIRA. Razones que usted ignora tal vez...

SISEB. Señale usted hora para firmar la escritura.

### ESCENA III.

DICHOS, CRISTINO.

ELVIRA. (¡Ah! ¡Cristino!)

CRIST. Señorita...

LESMES. (¡Qué compromiso!)

CRIST. Ignoraba que aquí...

SISEB. De usted se trataba; de modo que su visita es en extremo oportuna..

Igual finca ambicionamos.

LESMES. (Nada he dicho.) (Ap. á Cristino.)

- SISEB. Los dos vamos invocando á la fortuna; á luchar por obtenerla. Yo soy terco cual ninguno; de modo que es oportuno que me la ceda.
- CRIST. ¡Cederla!...
- ELVIRA. Pero, tío, usted olvida...
- SISEB. Basta; yo no olvido nada.
- ELVIRA. Esa tierra desdichada es de Cristino la vida. La consagra su cariño mas ferviente.
- SISEB. (Ap. á Elvira.) (El labio sella ó todo se pierde.)
- ELVIRA. En ella piensa acaso desde niño.
- CRIST. (¡Qué ironía!) Mucho siento que don Lesmes dé ocasion á esa noble proteccion.
- LESMES. ¡Yo!...
- CRIST. Conoce el sentimiento que me anima, y las razones que me fuerzan á adquirir esas tierras.
- SISEB. Es decir que no entrará en transacciones amistosas.
- CRIST. Imposible.
- SISEB. ¡Cristino!
- CRIST. Lo siento mucho; mas no cederé.
- SISEB. ¡Qué escucho!
- LESMES. Energia. (Ap. á Sisebuto.)
- SISEB. ¡Es increíble! Su ambicion desmesurada me exacerba, me asesina.
- CRIST. Pero...
- SISEB. Yo produzco quina, y usted produce cebada.
- CRIST. No me extraña ese rigor, porque ignora que la tierra

- en cuestion, para mí encierra  
un grave asunto de honor.
- ELVIRA. ¡De honor!
- SISEB. (Mirando á Lesmes.) Cómo se concilia...
- CRIST. (Con viveza.) Respete usted...
- SISEB. Yo respeto;  
mas...
- CRIST. Se trata de un secreto  
de familia.
- ELV. y SIS. ¡De familia! (Con sospecha.)  
(Elvira se acerca con rapidez á Cristino. D. Si sebu-  
to y Lesmes hablan aparte.)
- ELVIRA. ¡Cristino!
- LESMES. En todo ha mentido.
- ELVIRA. La verdad dime por Dios;  
habla... habla.
- CRIST. Entre los dos,  
todo, Elvira, ha concluido.
- SISEB. Si es engaño...
- LESMES. Engaño es.
- ELVIRA. Nunca, nunca me quisiste.  
(Se separa enojada de Cristino.)
- LESMES. Finjamos que usted desiste  
para engañarle despues.
- ELVIRA. (Lesmes me lo dirá todo.  
Volveré.)
- CRIST. (¿De qué hablarán?)  
(Acercándose á Lesmes y Sisebuto.)  
Señores...
- LESMES. Cese su afan.  
Cristino: ya encontré modo  
de arreglar...
- CRIST. ¿Cede usted...
- SISEB. Cedo,  
porque...
- LESMES. (Silencio.) (Ap. á Sisebuto.)
- CRIST. El favor...
- SISEB. Siendo un asunto de honor  
interponerme no puedo.
- ELVIRA. Gracias. (Á Sisebuto.)
- SISEB. Vámonos, Elvira.
- CRIST. Siento motivar su enojo;

pero...  
SISEB. Compre usted á su antojo.  
(Ya pagará la mentira.)

#### ESCENA IV.

CRISTINO, LESMES.

LESMES. ¿Con que quiere usted saldar los créditos de su tío?

CRIST. Si señor.

LESMES. ¡Oh, juventud!  
(Con fingida bondad.)

CRIST. Ya solo espero el recibo para entregarle los fondos.

LESMES. Me asusta ese sacrificio.  
¡Cuánto se burlará Alfredo; Alfredo, que le ha ofendido; que le ha calumniado tanto!

CRIST. No se trata de mi primo.

LESMES. El mundo...

CRIST. No es por el mundo lo que hago.

LESMES. Bien, Cristino; pero usted tiene una hermana, propiedades en cultivo y deberes...

CRIST. El primero es salvar á un hombre digno, á quien llevan á la tumba las locuras de su hijo; asi pues, este negocio ha de terminarse hoy mismo.

LESMES. Pero y si yo protegiendo su hacienda, bien entendido, me opusiera ahora...

CRIST. Basta: sé que es usted enemigo de los Monzones: que abriga bajos é infames designios; pero yo estoy en acecho, Lesmes, y al menor indicio

de traicion...

LESMES. ¡Traicion! ¡jamás!

CRIST. Adios, aguardo el recibo. (Váse.)

## ESCENA V.

LESMES, SISEBUTO.

LESMES. Espera, espera impaciente,  
que hasta mi postrer suspiro  
trabajaré por la ruina  
de esos Monzones allivos.  
Don Sisebuto y Pilar  
me ayudarán, pues son niños,  
y no hay reflexion posible  
adonde no existe juicio.

SISEB. (Se dirige hácia su casa,  
entra en ella. Al fin respiro.)

(Entra corriendo y mira por la reja.)

Conque el tal jóven intenta

engañarme como á un chino?

Conque es asunto de honor?

esa familia... son *mitos*

fabulosos! ¡Oh ignorancia!

hacer la guerra al febrifugo

mas importante, mas noble,

mas asombroso y mas digno!

¡Oh estulticie! como exclama

Juan Pabon en sus escritos.

¡Qué dice usted, caro Lesmes?

LESMES. Que en estos pueblos raquíuticos

cuando se trata de tierras

no se conocen amigos.

Todas las mentiras sirven;

todos los medios son lícitos.

SISEB. ¿Si? Pues guerra á muerte, compro,

y despues de dejar limpios

los campos de innobles viñas

y de sembrados mezquinos,

empiezo mi plantacion

segun los buenos principios:

primero; la *cordifolia*

y *glandulifera*, digo,  
ante todo la *micranta*.

LESMES. Despues veremos los libros:  
vaya usted por esa calle,  
(Señalando por la reja los sitios que nombra.)  
atraviase usted de un brinco  
el arroyo, dé usted vuelta  
á los cubos del molino;  
suba usted por la alameda  
procurando no ser visto,  
y entre usted en el corral  
del escribano: escondido  
en él, espere á que den  
las diez, pues debe un amigo  
traerme para esa hora  
los documentos precisos.

SISEB. Esperaré todo el día;  
mas siga usted otro camino.

LESMES. ¡Oh! no pase usted cuidado:  
tal vez vaya, si hay peligro,  
por las cañerías.

SISEB. ¡Hombre!  
¡buena vial Simpatizo  
con usted. Solo quisiera,  
se lo juro, amigo mio,  
curarle algunas tercianas  
para pagarle el servicio. (Váase.)

## ESCENA VI.

LESMES, PILAR.

LESMES. El pobre me sirve á mí  
y aun me quisiera pagar.  
¡Cuánto estúpido! ¡Pilar!

PILAR. (Entra muy agitada.)  
Don Lesmes... ¿ya no está aqui  
mi hermano? Solo he venido...

LESMES. Ya sé: por los pensamientos  
dobles.

PILAR. En estos momentos  
me ocupa...

- LESMES. Si, lo ofrecido  
es deuda.
- PILAR. Despues, despues. (Queriendo irse.)
- LESMES. ¿Despreciar tal friolera?
- PILAR. No es eso.
- LESMES. Si usted supiera (Con misterio.)  
¡pobre niña! el interés  
que me inspira.
- PILAR. No comprendo.
- LESMES. ¡Qué inhumanidad! Al punto  
vuelvo.
- PILAR. (Deteniéndole.)  
Hable usted.
- LESMES. Es asunto  
muy importante. Estoy temiendo  
que usted sufra los rigores  
de la escasez, pues en vano  
he suplicado á su hermano.
- PILAR. ¿Qué pasa?
- LESMES. Voy por las flores.
- PILAR. ¡Cielos! un duelo quizá.  
¡Oh! que cese mi tormento:  
cuente usted...
- LESMES. Vuelvo al momento.
- PILAR. (Siguiéndole.)  
Pero...
- LESMES. (No se marchará.)  
(Váse por la puerta izquierda.)

## ESCENA VII.

PILAR, ELVIRA.

- PILAR. Solo Lesmes no conspira  
contra mí. Quiere impedir...  
¡Cielos! ¿Se irán á batir  
los dos primos por Elvira?
- ELVIRA. (Saliendo por la derecha.)  
¿Se habrá ido?
- PILAR. (Sin ver á Elvira.) ¿Por qué abulta  
la incertidumbre el pesar?  
¡Tú aquí!

- ELVIRA. Vengo á preguntar  
lo que Cristino me oculta.
- PILAR. ¿Cómo! ¿Te interesa acaso?
- ELVIRA. No hay mal que no me conmueva  
si le aflige á él. De prueba  
puede servirle este paso.
- PILAR. Él creyó que le olvidaba  
tu corazon.
- ELVIRA. Yo creí  
que me despreciaba á mí  
por las tierras que compraba.
- PILAR. ¿Y pudiste sospechar?...
- ELVIRA. ¿Qué corazon no delira?  
quién no duda?...
- PILAR. ¡Pobre Elvira!
- ELVIRA. Dímelo todo, Pilar.
- PILAR. Por ser digno del ardiente  
cariño que tu alma encierra,  
Cristino regó la tierra  
con el sudor de su frente.  
Y cuando yo me oponia,  
él me contestaba á todo:  
trabajando de este modo,  
Pilar, ella será mia.  
En tanto Alfredo gastaba  
en Madrid, su padre aqui  
se empeñaba...
- ELVIRA. Y yo creí...
- PILAR. En fin, don Lesmes trataba  
de vender todo.
- ELVIRA. ¡Dios mio!
- PILAR. Ya ves: nada le ha devuelto;  
mas Cristino está resuelto  
á salvar á nuestro tio.
- ELVIRA. Noble corazon. Es justo  
impida...
- PILAR. Mas no es la venta  
lo que tanto le atormenta;  
es tu proceder injusto.
- ELVIRA. ¡Cómo injusto! No concedo.  
Siempre buena y cariñosa  
he sido.

- PILAR.           ¿Olvidas la rosa  
que ayer enviaste á Alfredo?  
Si sacrificio inhumano  
mi eterna dicha á la tuya...
- ELVIRA.       ¿Le amabas?
- PILAR.           ¡Que no destruy a  
el porvenir de mi hermano!
- ELVIRA.       ¡Oh! ¡te abandonó cruel!
- PILAR.       Ya no me acordaré mas,  
puesto que tú...
- ELVIRA.       ¡Yo! jamás,  
jamás he pensado en él.  
Pero no vuelvas tampoco  
á otorgarle tu cariño,  
pues las promesas de un niño  
valen mas que las de un loco.  
Si con él cambié una flor  
y su amor fingí aceptar,  
fué solo para estudiar  
á Cristino. En mi rencor,  
olvidé que su constancia  
seria imperecedera  
como la historia hechicera  
del amor de nuestra infancia.
- PILAR.       ¿Conque jamás has querido,  
Elvira mia, ofenderle?  
¡Oh! ven, ven á devolverle  
el bien que llora perdido.  
(En el momento en que vá á salir se oye la voz de  
Alfredo. Elvira y Pilar retroceden, y cuando lo indi-  
ca el diálogo, entran en la primera puerta lateral iz-  
quierda.)
- ALF.       ¡Lesmes, Lesmes!
- PILAR.       ¡Ay de mí!  
Es mi primo Alfredo.
- ELVIRA.       Huyamos.
- PILAR.       Subiendo está.
- ELVIRA.       ¿Adónde vamos?
- PILAR.       Escondámonos aquí. (Vánse las dos.)

ESCENA VIII.

LESMES, ALFREDO.

- ALF. ¡Lesmes!
- LESMES. Allá voy, Alfredo.  
(Entrando con una mata de pensamientos.)
- ALF. ¿Dónde estaba usted?
- LESMES. Estaba  
en mi huerto. (Se ha marchado.)  
(Mirando con sorpresa á un lado y á otro.)
- ALF. ¿Usted se ocupa de cándidas  
floreccillas? ¡Oh inocencia!
- LESMES. Bien, bien, no estoy para chanzas.  
(Dejando sobre un mueble los pensamientos.)  
Tengo prisa.
- ALF. Pues yo tengo  
el uso de la palabra.
- LESMES. ¡Qué genio!
- ALF. No es genio: *esprit*.
- LESMES. Nada le entristece.
- ALF. Nada.  
En el gran mundo vivimos  
despreciando ese fantasma  
que se llama *quid oscurum*.
- LESMES. Despues se muere en la cama  
de un hospital.
- ALF. Distingamos:  
los que explotan á las masas,  
como hay muchos...
- LESMES. No comprendo.
- ALF. Suelen acabar en África.  
Pero hablemos de otro asunto,  
don Lesmes.
- LESMES. ¿De qué se trata?
- ALF. Quiero que usted me conceda  
una semana de gracia,  
de próroga.
- LESMES. ¿Que no venda  
sus bienes de usted? Me aguardan  
y no puedo ahora...

- ALF. Bien,  
si desprecia la ganancia  
que iba á ofrecerle...
- LESMES. ¡Qué!
- ALF. Mil  
duros para guantes.
- LESMES. (¡Anda!)
- ALF. Mil quinientos.
- LESMES. ¿Pero cómo  
podrá usted pagar? Su casa...
- ALF. Pagaré Elvira, don Lesmes,  
ó mejor dicho su vasta  
fortuna, que será mia  
dentro de poco.
- LESMES. ¿Se casa?...
- ALF. Conmigo.
- LESMES. ¡Es posible!
- ALF. Creo  
que es cosa hecha: me ama.
- LESMES. Pero...
- ALF. Yo me redondeo,  
usted cobra, y santas pascuas.  
¿Quién desprecia este negocio?
- LESMES. (¡Si será un ardid!)
- ALF. (¡Qué cara!)  
Piénselo usted.
- LESMES. Ya lo pienso:  
(No: prefiero mi ganancia...)
- ALF. (Duda.) Subo hasta cuarenta.
- LESMES. Lo siento...
- ALF. Ni una palabra.  
Voy á darle un pagaré  
provisional.
- LESMES. No hace falta.
- ALF. ¿Dónde hay papel? (Buscando.)
- LESMES. (Siguiéndole.) Que no admito.
- ALF. ¡Ah! tal vez en esta estancia.  
(Abre precipitadamente la segunda puerta lateral iz-  
quierda. Da un paso, pero retrocede con asombro al ver  
a Pilar y Elvira.)

ESCENA IX.

DICHOS, PILAR y ELVIRA.

- ALF. Elvira... Pilar... (Momento de silencio.)  
ELVIRA. ¡Qué afrenta!  
¡y qué humillacion, no es cierto!  
¡Encontrarse descubierto  
al hacer tan torpe venta!  
¡Quién en nuestra edad temprana  
hubiera dicho que un dia  
asi merebajaria  
el que me llamó su hermana!
- ALF. ¡Miserable, tal traicion!  
(Á Lesmes que se coloca detrás de Elvira y de Pilar.)
- ELVIRA. Ignoraba que estuviese  
en su casa, y que le oyese...  
(Lesmes frotándose las manos con alegría.)
- LESMES. (Soberbia complicacion.)
- ALF. Al ver á Pilar, advierto  
que esta emboscada es debida  
á su encóno, resentida  
contra mí...
- PILAR. Eso no es cierto.
- ALF. Nada habrá que me convenza.
- PILAR. ¡Cómo, Alfredo, te engañara  
si está cubriendo mi cara  
el rubor de tu vergüenza!
- ALF. En estos rudos instantes  
pueda mi amor...
- ELVIRA. En su labio  
tal palabra es un agravio.
- LESMES. (Toma primas para guantes.)
- ALF. Permita usted que le diga  
que cierto de la victoria...
- ELVIRA. Borre usted de su memoria  
que fuí su mejor amiga,  
y que este convencimiento,  
que al parecer no le arredra,  
quebrante la ruda piedra  
de su estéril sentimiento.

- ALF. ¡Elvira!
- ELVIRA. Brote un pesar  
donde su interés se abrigo,  
porque el que vende á una amiga,  
ya no la vuelve á comprar.
- ALF. Dios mio, tal abandono  
un ensueño me parece.
- ELVIRA. Solo desprecio merece,  
y no obstante... le perdono.

### ESCENA X.

LESMES y ALFREDO.

- ALF. Elvira... Pilar... se van,  
se van, se ha perdido todo.
- LESMES. Crea usted que no he tenido  
parte en nada, y que deploro...
- ALF. Pues hace usted mal. Me gustan  
(Volviendo á su habitual indiferencia.)  
los descabros redondos.
- LESMES. ¡Hombre!
- ALF. Como hay abundancia  
de mujeres, y son pocos  
los que cargan con la cruz  
del adorado consorcio,  
pronto encontraré el desquite  
de este culpable abandono.
- LESMES. Se forma usted ilusiones  
exageradas, pues pronto  
tendrá que ser escribiente  
del alcalde de un villorro.
- ALF. ¿Yo escribiente?
- LESMES. Ó fiel de fechos.
- ALF. ¡Lemes!
- LESMES. Ó guarda de propios.
- ALF. ¡Miserable!
- LESMES. No hay remedio:  
vendido su patrimonio,  
desterrado su partido,  
y sin un nombre en el foro,  
no le queda mas arbitrio

- que vivir entre nosotros.
- ALF. Yo guarda, yo fiel de fechos,  
(Paseándose agitado.)  
yo que hace tiempo ambiciono  
ir á una embajada espléndida;  
yo que sueño el delicioso  
*far niente* y la dulce vida  
del gran mundo!
- LESMES. (¡Pobre loco!)
- ALF. ¡Cómo, cómo acostumbrarse  
á vegetar como un hongo  
entre palurdos soeces!  
Nunca, nunca!
- LESMES. El amor propio  
sufrirá, pero despues...  
los hombres se hacen á todo.  
Le tuteará el vaquero  
y le silbarán los mozos  
del pueblo.
- ALF. ¡Á mí!
- LESMES. Los señores  
que dejan de serlo...
- ALF. ¡Cómo!
- LESMES. ¡Los que se empobrecen, tienen  
que sufrir tanto bochorno!
- ALF. Y usted si eso sucediera  
tendría un placer, un gozo!
- LESMES. ¡Yo!...
- ALF. Se lavaría en agua  
de rosas, bien lo conozco,  
ave carnívora...
- LESMES. ¡Alfredo!
- ALF. Mas no lo verán sus ojos,  
pues solo pienso en huir,  
huir de este purgatorio,  
en que todo me parece  
sucio, raro y estrambótico.
- LESMES. ¿Y deja usted á su padre?
- ALF. ¡Ah! mi padre: no estoy sordo  
á su amor, por él daría (Conmovido.)  
mi vida; pero es forzoso  
huir... Me perdonará...

- LESMES. Y en la corte ¿con qué apoyo cuenta?
- ALF. Cuento con mi maña, con mis amigos...
- LESMES. Le exhorto...
- ALF. La exhortacion es inútil; lo que yo quiero son fondos.
- LESMES. No tengo un cuarto.  
(Con viveza: indicacion de marcharse. Alfredo se quita un reloj que lleva suspendido del cuello con una cadena de oro y se lo entrega á Lesmes con sangre fria.)
- ALF. No pido, vendo.
- LESMES. ¿Vende usted? (¡Qué aplomo!)
- ALF. Un reloj con su cadena.
- LESMES. ¿Y anda bien?  
(Aplicándose el reloj al oído.)
- ALF. Es un cronómetro. Cinco mil reales costaron las dos joyas.
- LESMES. Pesan poco.
- ALF. Oro excelente.
- LESMES. Ya veo; pero, amigo, yo no compro. Rebajemos.
- ALF. Es inútil.
- ALF. Tres mil reales por todo.
- LESMES. (¡Gano dos mil!) Y si fuese... es decir... si hubiese plomo? (¡Canalla!)
- ALF. (¡Canalla!)
- LESMES. Dos mil quinientos le doy.
- ALF. No, los tres.
- LESMES. Ni un óbolo mas. Guarde usted esa puerta, no nos observe algun tonto.  
(Señalando á la puerta de la derecha. Despues abre con precaucion el armario y saca con rapidez el dinero, que entrega despues á Alfredo.)
- ALF. No hay nadie.
- LESMES. Las precauciones

- tienen el bolsillo gordo.  
Siete onzas, y el resto en plata.  
ALF. (¡Y dicen que ya no hay robos!)  
(Se guarda el dinero y el reloj se queda sobre la mesa.)  
Como no quiero que nadie pueda interrumpir el logro de mis proyectos, es fuerza que me preste usted su apoyo: voy á mi casa, reuno en una maleta todo lo mas preciso; despues la pongo en manos de un mozo del pueblo, el cual dando vueltas y evitando á los curiosos, llega hasta la puerta falsa de esta casa.
- LESMES. Dá á un rastrojo,  
y nadie...
- ALF. Usted entre tanto me manda ensillar su potro: Yo vuelvo por esta calle,  
(Señalando á la derecha.) salgo por aqui.  
(Señalando á la segunda izquierda.)
- LESMES. ¡Qué embrollo!
- ALF. Bajo donde está el caballo: ato la maleta, monto, arreglo las bridas, pico y me escapo por el soto: asi evito despedidas y sermones enojosos.
- LESMES. No presto el caballo.
- ALF. Siete duros de alquiler.
- LESMES. No.
- ALF. Ocho.
- LESMES. Á tanto ofrecer...
- ALF. Guardemos esta llave, será el modo  
(Guardándose la llave que está en la segunda puerta izquierda.)

de tener la retirada  
expedita: vuelvo pronto.

### ESCENA XI.

LESMES.

¡Soberbio! Alfredo se escapa,  
don Sisebuto me espera,  
y yo burlando á Cristino  
firmo el contrato de venta.  
Tiempo era de ser cacique  
soberano, y de esta hecha  
lo seré, mal que les pese  
á los Monzones. No queda  
de lo que fueron un día  
mas que un monton de pavesas.  
¡Aun la cesion me hace falta!  
¡Ay de ellos cuando la tenga!

### ESCENA XII.

LESMES, MONZON.

LESMES. ¡Ah! (Con alegría viendo entrar á Monzon.)

MONZON. Los documentos.

LESMES. Siento

su molestia.

MONZON. Ha sido leve.

LESMES. Pero á su edad...

MONZON. El que debe

fuerza es que pague al momento.

LESMES. ¡Qué mundo, señor don Juan!

¡qué desgracia tan cumplida!

MONZON. Son azares de la vida,

unos vienen y otros van.

LESMES. Treinta años ha que llegué

pobre, triste, oscurecido,

y no obstante he conseguido

ser todo lo que usted fué.

MONZON. ¿Todo?

LESMES. Hay verdades crueles,

pero, don Juan, no se engria,  
porque lo que ayer valia  
lo valen esos papeles.

MONZON. No, Lesmes, porque á mi vez  
me queda un bien permanente:  
la aureola que en mi frente  
ha dejado la honradez.  
Y este bien, que no se nombra  
en escritura de venta,  
al darme consuelo afrenta  
su vida oculta en la sombra.  
Pues si usted con ciego afan  
al pueblo en dolor sumia,  
yo al pueblo entero ofrecia  
en vez de lágrimas, pan.  
Y aquellos que no confunden  
los que su mal ocasionan,  
sus villanias pregonan  
y mis virtudes difunden.  
De modo que he conseguido,  
aunque pobre y desgraciado,  
en los años que han pasado,  
no ser lo que usted ha sido.  
Y no es poco galardón  
en momentos tan crueles  
no dar con estos papeles  
la paz de mi corazón.

LESMES. Ese alarde de clemencia  
tenia un fin poco honroso.

MONZON. Yo...

LESMES. Quiso usted hacerme odioso  
para guardar su influencia.  
Pero todo ha concluido  
para usted, señor don Juan.  
Los que consuelos y pan  
á su puerta han recibido,  
le saludarán primero  
aquel tiempo recordando,  
después pasarán cantando  
y sin quitarse el sombrero.  
Mas tarde, al oír sus quejas,  
puede que algun labrador

- le diga, sé mi pastor  
y vé á guardar mis ovejas.
- MONZON. Pero su vista no abarca  
al mirarme en ese estado,  
que con el rudo cayado  
seré el viejo pratriarca.  
Y vendrán, aunque te asombre,  
á pedirle á mi cariño  
santa bendicion el niño,  
profundo consejo el hombre.  
Pero concebir no puedo  
que al fin llegue á ser tan triste  
mi existencia, Alfredo existe  
y yo confio en Alfredo.
- LESMES. La suerte siempre iracunda  
aun le niega ese favor  
porque usted sembró su amor  
sobre una tierra infecunda.
- MONZON. ¡Pobre loco!
- LESMES. El desengaño  
se aproxima.
- MONZON. Estoy seguro  
de mi hijo.
- LESMES. Pues yo aseguro...
- MONZON. Basta: oírle me hace daño.  
(Al dejar Monzon el pequeño legajo de papeles que  
tenia en la mano sobre la mesa, vé el reloj de su  
hijo.)  
¡Ah! este reloj... aquí...  
Es de Alfredo... lo olvidó  
sin duda.
- LESMES. Me lo vendió.
- MONZON. ¿Y usted lo ha comprado?
- LESMES. Si.
- MONZON. ¿Y para qué? Yo no infiero...
- LESMES. Es muy sencillo: desea  
dejar al punto su aldea  
y necesita dinero.
- MONZON. ¡Partir él! ¿partir sin verle?  
¿Eso proyecta el ingrato?
- LESMES. Parte con tal arrebato  
que no podrá detenerle.

- MONZON. ¡Impostura! ¿Cómo olvida  
un hijo á su padre? ¿Cómo,  
si yo en su cariño tomo  
la fé que alienta mi vida?  
No puede dejarme asi.  
Está arrepentido ya.
- LESMES. Dentro de poco vendrá  
por mi caballo. Le dí  
palabra...
- MONZON. ¿Usted?
- LESMES. Voy á hacer  
que se lo ensillen.
- MONZON. ¡Qué enredo!
- LESMES. Detenga usted...  
No puedo  
perder asi mi alquiler.

### ESCEMA XIII.

MONZON, solo.

¡Conque es cierto! ¡Conque el hijo,  
por mas que á su honor no cuadre,  
olvida un dia á su padre,  
olvida al que le bendijo  
lleno de amor en la cuna,  
al que le dió la instruccion,  
al que le dió el corazon  
con su nombre y su fortuna!  
¿Qué es el amor sin segundo,  
los cuidados mas prolijos  
qué importan, si hasta los hijos  
son mentira en este mundo?  
Pero no, no puede ser.  
Tanta ingratitude me aterra.  
¿Cómo han de hacerse la guerra  
pedazos de un mismo ser?  
¡Oh qué loco desvario!  
¡Por qué me aflijo importuno  
si Alfredo y yo somos uno  
y yo soy bueno, Dios mio?  
Oigo pasos, se renueva

(Escuchando en la puerta derecha.)  
mi ansiedad y mi tormento.  
Es el viento, y hasta el viento  
creo que ya se lo lleva.  
¡Valor! momento cruel  
en que oscila mi existencia:  
Dios mio, dame elocuencia  
y dale razon. Es él.  
(Monzon se retira hácia la reja. Alfredo entra en  
traje de camino. Está preocupado. No vé á su padre  
hasta que al dirigirse con viveza á la puerta del soto  
se encuentra enfrente de él.)

#### ESCENA XIV.

ALFREDO, MONZON.

- ALF. Tal vez mi viaje es impio;  
tiembla el corazon cobarde...  
mas no: huyamos, ya es tarde.  
¡Ah!
- MONZON. ¡Alfredo!
- ALF. Padre mio,  
¿usted aqui?
- MONZON Vengo en pos  
del cariño que te tengo.  
Vengo, hijo del alma, vengo  
á darte el último adios.
- ALF. Sabe usted que intento un viaje...
- MONZON. Sé que es fuerza que te alejes  
de este pueblo, y que me dejes  
para siempre.
- ALF. ¡Ese lenguaje!...
- MONZON. Te revela la conquista  
que hizo la sabia razon  
al despreciar la pasion  
que abriga el pecho egoista.  
¿Por qué mi bondad te asombra?  
¿Por qué callas afligido  
si pobre y envejecido  
yo no puedo darte sombra?
- ALF. ¡Oh, padre!

MONZON. Cese el dolor  
que tu alma oprimida exhala;  
eres joven, tiende el ala  
hacia otro mundo mejor.  
No te acuerdes de mi edad  
por los males combatida,  
no te ocupes de mi vida  
pasada en la soledad.  
No inspecciones los trabajos  
en que cifro mi grandeza,  
no mires si en mi pobreza  
vivo cubierto de andrajos.

ALF. Padre, por Dios... (Conmovido.)

MONZON. (Con fingido asombro.) ¿Te incomodo?

ALF. Así no le quiero ver.

CONZON. Comprende que te di el ser  
y que me lo debes todo;  
comprende que aunque iracundo  
cuenta el mundo me demande,  
es mi cariño mas grande  
que la maldicion del mundo.  
Que nada cambiará en mí  
el amor que sigo incierto,  
y que hasta despues de muerto  
estaré pensando en tí.  
Ocúltame tu afliccion  
en estos rudos instantes;  
parte, Alfredo... pero antes  
recibe mi bendicion.

(Alfredo, en cuyo rostro ha debido pintarse la lucha  
que se agita en su alma, dice sin poder dominarse.)

ALF. Cese tan fiera batalla,  
cese, porque me ahoga el llanto:  
padre mio, usted es un santo  
y yo un infame, un canalla.  
Si, iba á partir... temia  
la pobreza; mas su acento  
despierta en mí un sentimiento  
que hasta hoy no conocia.  
Siento que se hace pedazos  
por salir el corazon.  
¡Ah! por mi madre, perdon!

(Alfredo, fuera de sí, quiere arrojarse á los pies de su padre, que le recibe en sus brazos. Los dos permanecen un momento estrechamente abrazados.)

MONZON. ¡Hijo del alma, en mis brazos!  
Ya tus faltas no condeno  
por este bien inefable.

ALF. Haga usted de un miserable  
con su amor un hijo bueno.  
Deténgame usted á su lado  
hasta que el juicio recobre,  
y despues... aunque soy pobre,  
yo me haré un gran abogado.

### ESCENA XV.

DICHOS, LESMES.

LESMES. Ya está mi caballo.

ALF. ¡Ah!  
Pues vaya usted á paseo  
en él. (Con aplomo.)

LESMES. ¿Se queda? (Con asombro.)

MONZON. Se queda. (Con alegría.)

ALF. Pienso pasar algun tiempo  
con mi padre.

LESMES. Está muy bien. (Con ironia.)

Alfredito, lo celebro.

Prefiere usted los terrones  
y el azadon á los pleitos.

¡Gran conclusion de carrera,  
admirable pensamiento!

(Dan las diez de un reloj de torre.)

Ea, señores, las diez  
están dando y yo no puedo  
detenerme mas; me aguardan  
para firmar al momento  
la escritura.

MONZON. ¡Ah! mis bienes. (Con dolor.)

LESMES. Eso es. (Con satisfaccion.)

ALF. ¡Triste recuerdo!

(Alfredo y Monzon permanecen tristes y cabizbajos.  
Momento de silencio.)

LESMES. (Ya los humillé por fin,  
por fin soy amo del pueblo.)  
(En el momento en que vá á salir entra Cristino.)  
Lesmes retrocede con profundo disgusto.)

### ESCENA XVI.

DICHOS, CRISTINO.

CRIST. Señor Lesmes, un instante.

LESMES. ¡Ah! siempre este hombre.)

CRIST. Siento

detenerle, pero al cabo

he descubierto su juego,

y no es justo que le deje

cuando en mi mano le tengo.

En tanto que le aguardaba

para pagarle sus créditos,

las haciendas de mi tio

ofrecia con empeño

á un pobre loco, incapaz

de comprender sus proyectos.

MONZON. ¿Tú quieres pagar mis deudas?

ALF. ¡Y yo te ofendí!

CRIST. Alfredo, (Con nobleza.)

entre el amor y el honor

el honor es lo primero.

Me has ofendido, es verdad,

mas salvándote me vengo.

ALF. ¡Ah! ¡Cristino!

MONZON. El sacrificio

es tan grande que no puedo

aceptarlo.

LESMES. ¿Y quién permite

tal locura?

CRIST. Estoy resuelto

y nada podrá impedir

que se cumpla mi deseo.

LESMES. Está usted en un error,

porque su tio me ha hecho

cesion de todas sus fincas.

(Enseñando el legajo de papeles que tiene en la

- CRIST. mano.)  
¡Ah!
- LESMES. Por consiguiente puedo  
venderlas si así me agrada;  
y como me agrada, vendo.
- CRIST. ¿Conque es decir?...  
LESMES. Que ya es tarde.
- ALF. Pero si paga...  
LESMES. No acepto.
- MONZON. No acepta, está claro; entonces  
no podría en su despecho  
hacerme pagar rencores  
guardados por tanto tiempo.  
Es menester que mis bienes  
pasen al punto á otro dueño,  
que lo sepa todo el mudo,  
y lo que es mas, que los buenos  
dejen á los miserables  
si no su nombre, su puesto.
- LESMES. Don Sisebuto me espera;  
le ofrecí la finca, y quiero,  
por mas que sea enojoso,  
cumplir el ofrecimiento.  
Me pesa mucho, muchísimo,  
pero estoy en mi derecho.
- CRIST. Atrás.  
(D. Lesmes dá algunos pasos hácia la puerta de la  
derecha, pero Cristino se lanza hácia ella, la cierra y  
se guarda la llave exclamando con energia.)
- LESMES. ¡Qué hace usted! (Trémulo de ira.)  
CRIST. Impedir  
un acto infame.
- MONZON. Te ruego  
que le dejes, me dá horror.
- ALF. No, no saldrá.
- MONZON. ¡Ah! comprendo,  
se proyecta un crimen.
- CRIST. No,  
no tiembles, porque en mi pecho  
no caben ideas viles  
ni miserables proyectos,  
lo que quiero es que destruyas

- tú mismo esos documentos.
- LESMES. ¡Oh! ¡yo mismo!
- CRIST. Acepta el pago  
que sin tardanza te ofrezco.
- LESMES. ¡Jamás!
- ALF. ¡Miserable!
- CRIST. Escucha  
por última vez mi ruego,  
y cansado de tener  
un corazón tan pequeño,  
arroja de su recinto  
tan bastardos sentimientos.  
Sé grande una vez siquiera,  
ya que mi mano te tiendo.
- LESMES. Me esperan.
- ALF. ¡Oh!
- MONZON. Déjale,  
su corazón está seco.
- CRIST. Seco, carcomido, estéril.
- LESMES. No, mi derecho defendiendo.
- CRIST. Esa palabra en tu boca  
es un insulto grosero;  
con ella, con ella sola  
has sembrado el desconsuelo  
en nuestros campos, has visto  
llorar á los pies labriegos  
que antes corrían felices  
por sus dorados barbechos.  
Has convertido al anciano  
en doliente pordiosero,  
y has contemplado á la madre  
oprimir al niño tierno  
contra su pecho estremado,  
lívido y calenturiento.  
Mas ¿qué importa? te pedían...  
y estabas en tu derecho.  
Pero ¡ay de tí! que los gritos  
que están agitando el viento,  
anuncian ya la venganza  
de la aldea. ¡La presiento,  
la oigo, la veo... y te miro  
y á pesar de mi odio, tiemblo!

- LESMES. Pues yo no... sé que hay algunos que me execran en el pueblo...  
(Tratando de dominar su emoción.)  
Pero ese clamor...  
(Se oye ruido de voces á lo lejos. Los actores permanecen un momento en silencio y prestando atención. Las voces y el ruido se van oyendo cada vez mas claros. La campana de la aldea toca á fuego. Esto dura, aunque cada vez con menos intensidad, hasta la conclusion de la escena.)
- ALF. ¡Qué ruido!  
(Todos se agrupan alrededor de la reja.)
- MONZON. Corren.
- LESMES. Y tocan á fuego.
- TODOS. Fuego. (Aterrados.)
- LESMES. ¿Dónde está? ¡oh! callan.  
(Gritando por la reja y cada vez mas asustado.)
- ALF. Hacia las eras del pueblo sale humo.
- LESMES. ¡Misericordia!
- MONZON. Y el aire aviva el incendio.
- LESMES. Si algun infame... corred,  
(Gritando por la reja.)  
corred... se paran. ¿Qué es esto?
- CRIST. ¿Por qué tiembles de ese modo si está tranquilo tu pecho?
- LESMES. ¡Qué llamas, y nadie acude, nadie, miserables, vuelo...  
(Se precipita sobre la puerta, que trata nuevamente de abrir. Despues se lanza sobre la que dá al foro y corre de una á otra como un loco.)  
¡Ah! cerrada... esta tambien.  
(Dan repetidos golpes en la puerta de la derecha.)
- CRIST. Entrégame esos papeles.
- LESMES. La llave.
- CRIST. Estoy en mi derecho,  
(Remedando á Lesmes.)  
puedo darla si me agrada...
- LESMES. Por compasion... (Fuera de sí.)
- CRIST. No la entrego. (Con calma )
- LESMES. ¡Ah! tomad, por fuerza viene en vuestro auxilio el infierno.

(Tira el legajo de papeles. Alfredo los recoge. Cristiano abre la puerta de la derecha, por la cual entra don Sisebuto, Elvira, Pilar y Margarita. Don Sisebuto detiene á Lesmes.)

### ESCENA XVII.

ALFREDO, MONZON, CRISTINO, LESMES, D. SISEBUTO,  
ELVIRA, PILAR y MARGARITA.

SISEB. Su conducta no me explico.  
LESMES. Quite usted.  
SISEB. Bien me ha engañado;  
pero por fin me ha vengado  
de sus mentiras Quirico.  
LESMES. ¡Él!  
SISEB. La desesperacion  
le volvió el juicio hace poco,  
y ha pegado el pobre loco  
fuego á su mies.  
LESMES. ¡Maldicion!  
(Lanzándose fuera.)

### ESCENA XVIII.

LOS MISMOS, menos LESMES.

SISEB. (Á Cristino.)  
Me ha contado mi sobrina  
lo que sucede.  
CRIST. ¿Qué escucho?  
SISEB. Su proceder vale mucho,  
jóven, aun mas que mi quina;  
y aunque soñé una corona  
de laurel para mis sienes,  
que guarde Monzon sus bienes;  
yo renuncié á mi *Chinchona*.  
CRIST. Elvira, usted...  
ELVIRA. ¿Por qué ingrato  
quiso ocultarme sin juicio  
su admirable sacrificio?...  
CRIST. Las rosas... (Mirando á Alfredo.)

- PILAR. En su arrebato,  
Alfredo harto bien lo sabe,  
quiso tu afecto probar.
- CRIST. ¡Y yo he podido dudar!  
(Asiendo con ternura una mano de Elvira.)
- ELVIRA. Su delito ha sido grave. (Sonriendo.)
- SISEB. Todos tenemos defectos,  
yo con mi quina... ya veis.
- MONZON. Quiero que realiceis  
al punto vuestros proyectos.  
En cuanto á nosotros, vamos  
(Asiendo una mano á Alfredo.)  
desde ahora á trabajar,  
pues es preciso pagar  
el favor que hoy aceptamos;  
y plegue al cielo que vea  
en mas venturosos dias  
terminar como las mias  
las miserias de la aldea.

FIN DE LA COMEDIA.

---

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en  
que su representacion sea autorizada.  
Madrid 16 de Setiembre de 1862.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Sevilla.	F. Alvarez.	Valdepeñas.	A. Garcis Fernandez.
Soria.	F. Perez Rioja.	Valladolid.	D. Jover.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.	Valls.	R. Voltas y Moragas.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.	Velez Blanco.	A. Fernandez Rubio.
Tarifa.	J. Moriano Piñero.	Velez Malaga.	E. Casamayor.
Tarragona.	M. Sol.	Velez Rubio.	A. Fernandez Rubio.
Tarrasa.	P. Vinas.	Vich.	J. Soler.
Teruel.	J. Soriano.	Vigo.	M. Fernandez Dios.
Toledo.	J. Hernandez.	Villafra. del Panadés.	M. Reguart.
Tolosa.	F. Artola.	Villafranca de los Barros.	M. Martinez.
Tordesillas.	C. Gutierrez Matallana.	Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Toro.	A. Rodriguez Tejedor.	Villaró.	T. Astuy.
Tortosa.	M. Bes Hediger.	Villena.	J. Muñoz Ferris.
Torrevecija.	A. Vela.	Vitoria.	S. Hidalgo.
Trujillo.	A. Herranz.	Vivero.	F. Salgueiro.
Tudela.	M. Izalzu.	Zafra.	A. Oguet.
Utrera.	J. Ramos.	Zamora.	M. Conde.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.	Zaragoza.	M. Diaz.
Ubeda.	C. Treviño.		
Valencia.	F. de P. Navarro.		

La Administracion se halla establecida en la calle de Calderon de la Barca, número 4.

# CATALOGO

DE LAS OBRAS QUE CORRESPONDEN Á LA ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

## ZARZUELAS (1).

### DE UN ACTO.

Armas iguales L.  
Compromisos del no ver, M.  
Criados de confianza, L. y M.  
Donde las dan las toman, L. y M.  
El estreno de una artista, L.  
El Niño, M.  
El Vizconde, M.  
Entre mi mujer y el primo, M.  
Estafeta de amor, L. y M.  
Gato por liebre, M.  
Gracias á Dios que está puesta la mesa, M.  
La Cabaña, L. y M.  
La pastora de la Alcarria, M.  
Los dos ciegos, M.  
Los herederos, M.  
Mentir á tiempo, L.  
Peluquero y Marqués, L. y M.  
Por conquista, M.  
Un Caballero particular, M.  
Una tempestad en América, L. y M.  
Un primo, M.  
Un rival del otro mundo, M.  
Sinfonía concertante sobre motivos de zarzuelas para orquesta y banda, M.

### DE DOS ACTOS.

Bethy, L. y M.  
De la muerte á la vida, M.  
El Bachiller, M.  
El Marqués de Caravaca, L. y M.  
El robo de las Sabinas, M.  
El tío Caniyitas, L.  
Entre mi mujer y el negro, M.  
La abuela, L. M.  
Todos locos, L. y M.

El Sargento Federico, M.  
El secreto de una dama, M.  
El tío Pili, L.  
Entre dos aguas, M.  
Estebanillo, L.  
Fra-Diávolo, L. y M.  
Galanteos en Venecia, M.  
Genaro el Gondolero, L. y J.  
Jugar con fuego, L. y M.  
La Cantinera de los Alpes, L. y M.  
La Cisterna encantada, L.  
La Espada de Bernardo, M.  
La loca de Edimburgo, L. y M.  
La Maga, L. y M.  
La Perla, M.  
La Sirena, L. y M.  
Los Diamantes de la Corona, M.  
Los Expositos, L. y M.  
Los Mosqueteros de la Reina, L. y M.  
Mis dos mujeres, M.  
Un día de reinado, M.  
Un precónsul, M.  
Un tesoro escondido, L. y M.

### DE TRES Ó MAS ACTOS.

Amar sin conocer, M.  
D. Crispin y la Comadre, L. y M.  
D. Procopio, L. y M.  
D. Quijote de la Mancha, M.  
El ángel bueno, M.  
El Castillo Maldito, M.  
El diablo en el poder, M.  
El hijo del Regimiento, L.  
El Planeta Venus, L.  
El Relámpago, M.

## DRAMAS Y COMEDIAS.

### DE UN ACTO.

Al que no está hecho á bragas...  
Amores volcánicos.  
Bodas ocultas.  
Cada oveja con su pareja. (Primera parte.)  
Cada oveja con su pareja. (Seg. parte.)  
El Colmado del Puerto.  
El Diamante negro.  
El suicida.  
Flujo y reflujo.  
La Esperanza de dos mundos, loa.  
La Marquesita.  
Pepita.  
Plaza sitiada...  
Sobrín s que dá al demonio.  
Soleá la Trianera.  
Suegra, marido y rival.  
Una comedia mas.  
Un hablador sempiterno.

### EN DOS ACTOS.

Las colegialas son colegiales.

### DE TRES Ó MAS ACTOS.

¡A escape!  
Andujar.  
Cada oveja con su pareja:  
Deudas pagadas.  
El Ángel custodio.  
El artista vale mas.  
El ausente en el lugar.  
El Médico de la aldea.  
El paraíso perdido.  
El ramo de oliva.  
Hija y madre.  
Historia de una carta.  
La aurora de la fortuna.  
La bola de nieve.

¡La buena alhaja!  
La loca del Guadalquivir.  
La locura de amor.  
La Rica hembra.  
La rosa y el pensamiento.  
Las Biografías.  
Lo positivo.  
Lo que se vé y lo que no se vé.  
Los Hijos del pueblo.  
Padre y Rey.  
Miserias de la aldea.  
¿Para el corazón no hay ley?  
¡Por ella!  
Prestamos sobre la honra.  
¿Quién es él?  
Una pecadora.  
Virginia.

(1) De las obras que van marcadas con las iniciales L. ó M, pertenece solo á esta Administración la música ó el libreto, y las que llevan L. y M, corresponden á la misma por completo,